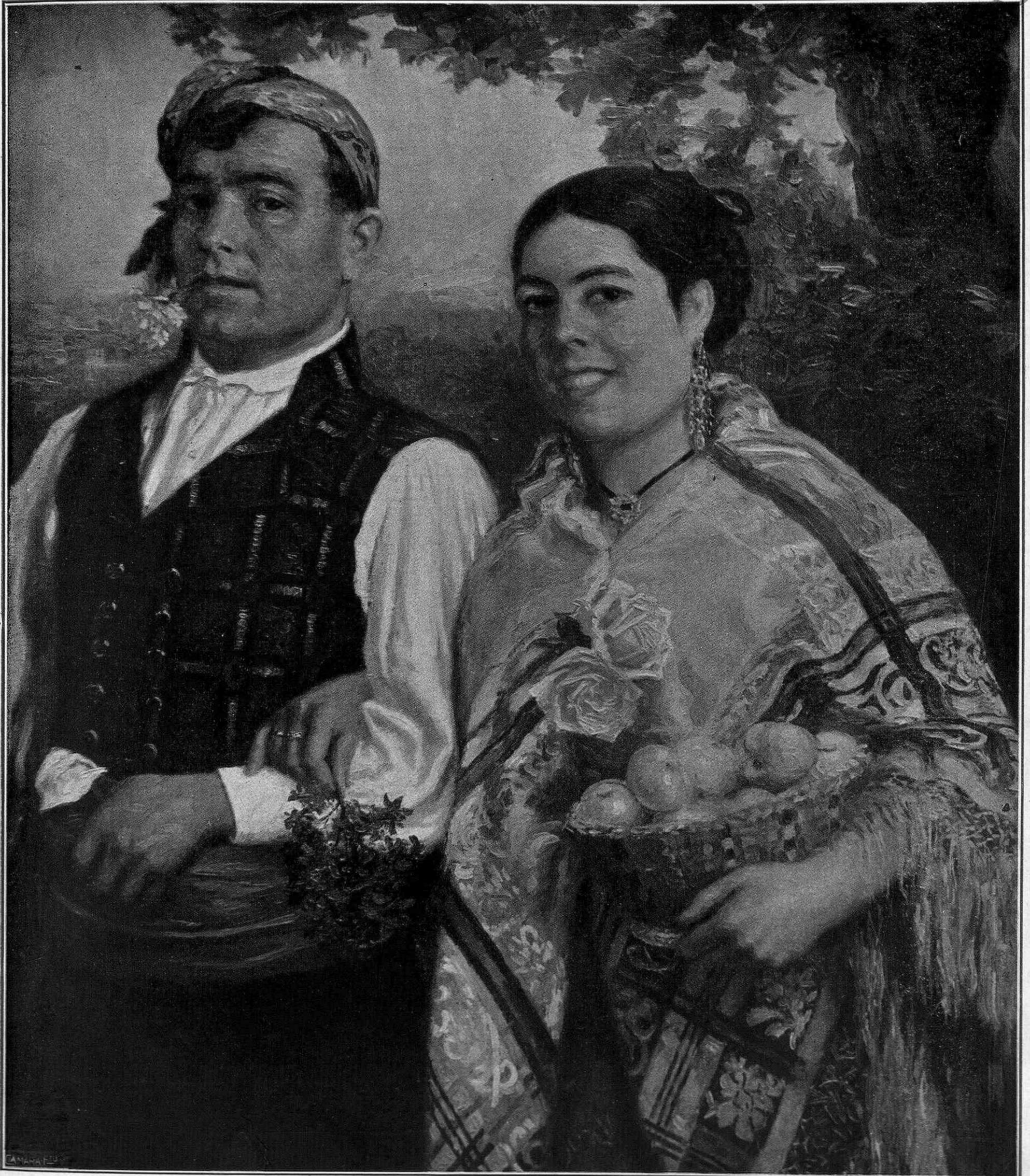


La Esfera

Año VIII * Núm. 366

Precio: Una peseta



LOS NOVIOS, cuadro de Juan José Gárate, expuesto en el último "Salón de Otoño"

LA SIN VENTURA

(VIDA DE UNA PECADORA IRREDENTA)

NOVELA DE 350 PÁGINAS POR

"EL CABALLERO AUDAZ"

Libro de emoción y de dolor, que se publicará en la segunda quincena de Enero

PRECIO: 5 PESETAS

Pedidos, al autor

PRENSA GRÁFICA

EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR

ALCOHOLATO
ABRÓTANO MACHO

ALCOHOLERA, Carmen, 10, Madrid



Leo usted los viernes **NUEVO MUNDO**

Debido al cambio de dueño de la finca y ocupar éste el local donde se hallaba instalado el Despacho Central, en Madrid, de la Compañía de los ferrocarriles de Madrid á Cáceres y Portugal y del Oeste de España, esta Compañía tiene el honor de poner en conocimiento del público, que, á partir del 1.º de Enero de 1921, provisionalmente y mientras encuentra local adecuado, el Despacho Central quedará instalado en la casa de D. Pedro Fluiter, Alcalá, núm. 10, donde continuará prestandose el servicio de viajeros, equipajes y gran velocidad con la estación de Madrid-Delicias.



Cuando Ud. Maneja
Una Pistola Automática

Remington

goza de la confianza que inspira el sentir que la bala pegará en el objeto deseado sin fallar. El tamaño apropiado de la pistola para la mano del tirador, el equilibrio superior, el impulso suave del rebufo—todas estas son cosas que contribuyen a la exactitud en los disparos. La pistola modelo 51 es compacta y liviana—una arma ideal para el bolsillo.

DESCRIPCION: Calibre, .380; longitud, 6 5/8 de pulgada; grueso, 9/10 de pulgada; peso, descargada, 21 onzas; pavonado, negro sin brillo.

Cartuchos: Calibre, .380 A.P.H. (9 m/m Browning Corto) sin reborde automático "Standard," bala blindada o de punta blanda.

Capacidad: siete cartuchos en el depósito y uno adicional en la cámara.

El cartucho es el mismo que se usa en otras pistolas automáticas norteamericanas de este calibre.

C-12



REMINGTON ARMS COMPANY, Inc.
233 Broadway, Nueva York



ENCICLOPEDIA

UNIVERSAL ILUSTRADA EUROPEO-AMERICANA

ESPASA

Hijos de J. Espasa, editores.
Calle de Cortes, 579 y 581

BARCELONA

Es la obra mejor ilustrada del mundo.—Ha obtenido el primer premio en todas las Exposiciones á que ha sido presentada.—Se adquiere á precios módicos y con toda clase de facilidades.—Se suscribe en las principales librerías y centros de :: :: :: suscripción de España y América :: :: ::

La crítica, que le prodiga elogios sin tasa, reconoce con rara unanimidad que está muy por encima de todas las publicaciones de su género,
así españolas como extranjeras

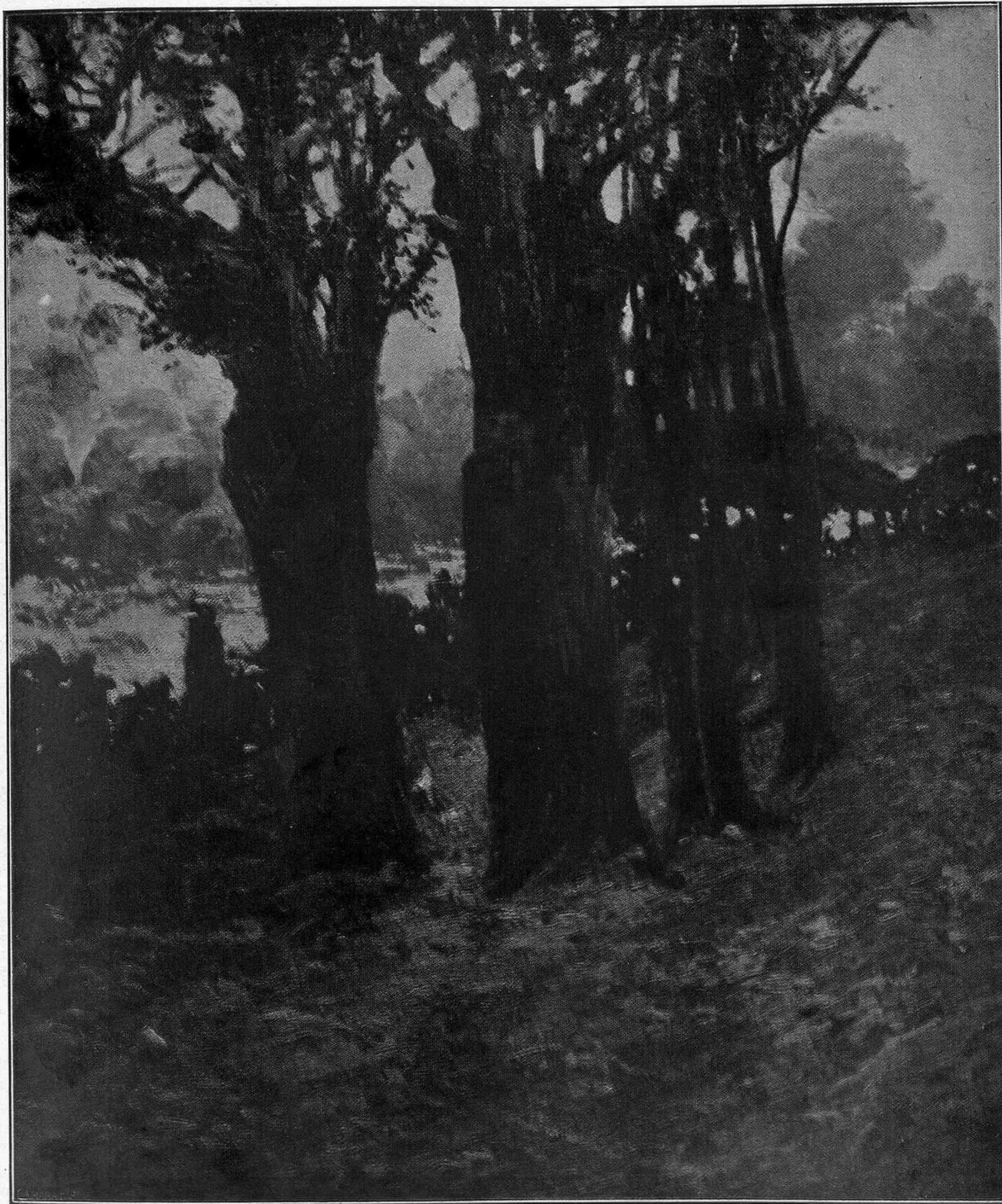
Un ligero examen de cualquiera de sus tomos es aconsejable antes de adquirir un diccionario enciclopédico

La Esfera

Año VIII.—Núm. 366

Madrid, 8 de Enero de 1921

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



PUESTA DE SOL

Cuadro original de Juan Espina, que figuró en el último "Salón de Otoño"



DE LA VIDA QUE PASA
A PROBAR FORTUNA

Usted, lector, habrá hablado mal de la Lotería, lo mismo que yo. Como profesional, no me he contentado con hablar, sino que he escrito una porción de artículos contra la esperanza en el azar, sentimiento enfermizo llamado á morir á manos de la confianza en el trabajo. Estos artículos se han publicado en los diarios de mayor circulación de España, á pesar de lo cual ha progresado mucho más que mis rentas, y las de esos periódicos, la renta de Loterías. Hay que tener una fe muy tibia en los artículos de periódico, sobre todo cuando tratan de rectificar el curso de los astros ó de oponerse á los vicios populares. Todos hablan mal de la Lotería, y algunos, los más sinceros, llevan su buena fe hasta el extremo de no jugar. Proceden con lógica, pero sería necesario llegar al corazón de todos ellos para saber si lo hacen con alegría, ó por lo menos con serenidad. Hay quien se arrepiente á la hora de la lista grande. Hay quien vacila al saber que esos millones que van á manos de otro podían haber ido á las suyas. Estos seres, aparte que se privan de todos los pobres placeres del vulgo, me inspiran una gran ternura, una ternura fraternal; y si yo tratase de hacerles sonreír á ustedes á costa suya, cometería una traición. La mayor parte de los impugnadores de la Lotería escribimos nuestra impugnación, y luego compramos un décimo. Pero ellos mantienen la rigidez de su criterio contra su propia debilidad. Alguna vez he imaginado qué pasaría si á uno de estos hombres férreos se le apareciera una noche el espíritu encargado de capitanear los números dentro del bombo y le revelara al oído el secreto gordo. Se reproduciría la historia del mandarin chino. ¿Buscaría el décimo, ó no lo buscaría? ¿Encontraría una fórmula para salvar dignamente sus escrúpulos? Ya le estoy viendo entrar en Tercena, anonadado bajo el peso de la fatalidad.

Porque lo fuerte es que no se puede vivir sin contar con lo ilógico y con lo absurdo. Hace falta aceptar las realidades que nos da hechas la tierra en que vivimos, ó retirarse á preparar la resolución desde una nube. Véase cuáles son las tres actitudes que puede tomar un español ante la Lotería:

Primera: Probar fortuna, con todas sus consecuencias, después de hablar contra ella como un moralista.

Segunda—la más lógica—: No jugar.

Tercera—la más práctica—: Hacerse lotero.

Así se divide á los españoles en tres categorías: los neutros, los protestantes y los utilitarios ó pragmatistas. La neutralidad consiste en dejarse llevar por la corriente y aceptar la fortuna si una ventolera nos la trae. La protesta es algo, si puede conseguir que nadie juegue, suprimiendo el vicio. Y el pragmatismo agrupa á los ministeriales, á los elementos gubernamentales que no necesitan cambiar la realidad para satisfacer su ideal.

La Lotería no merece que nos encariñemos con ella. Es una transacción que el Estado pacta pú-

blicamente con el azar, cobrándole al público, de paso, la comisión. Su ganancia viene á ser, de esta manera, un ingreso para el Erario y una multa para los viciosos. Todo Estado, chico ó grande, tiene una tendencia natural á aprovechar, con carácter administrativo, las debilidades de sus súbditos. ¿No es más inmoral, y desde luego más estúpida, la renta de Tabacos?

¿Por qué no lo ha he hacer? Yo he visto en uno de esos nuevos Montecarlos españoles, de cuyo nombre no quiero acordarme, la representación del Estado en su forma más inmediata y familiar. Era ante una complicada maquinaria llena de colorines, de letreros indicadores y de ofrecimientos. Todos conocerán estas ruletas rudimentarias que tienen por objeto atraer mecánicamente la calderilla del visitante. El «ple-

no» es una cosa muy problemática. Lo único cierto, seguro é infalible, como la muerte, es la ranurita por donde desaparecen una por una todas las perras grandes que quieren ustedes dedicar á la conquista de ese pleno maravilloso. La gente sería—muy escasa, porque los Montecarlos españoles tardan mucho en cuajar y éste era recién nacido—se refugiaba, huyendo del frío, en la sala del crimen. En toda la extensa galería no vimos más que un hombre de buena fe intentando sacar de diez en diez céntimos el premio gordo de cinco pesetas.

Y cuando ese hombre agotó su calderilla, ¿saben ustedes quién salió á ofrecerle, muy cortés, todo el cambio que hiciera falta? Pues el Estado, en forma de guardia de orden público. El Estado se encargó de prestar ese pequeño servicio, comprendiendo que no puede negarle á un ciudadano el derecho á quedarse sin una perra gorda. A la cuenta de la Lotería se han puesto muchas quiebras y muchas fortunas. Es, sin embargo, una idea que fuera de España se desarrolla en términos mezquinos y que aquí ha alcanzado su perfección. Si renunciamos á jugar, por principios, nos colocamos en situación de inferioridad respecto de todos los españoles y de muchísimos extranjeros, que compran décimos de contrabando. Vale más no disminuir «las posibilidades» con que cada uno cuenta y probar la suerte, como buen patriota.

Luis BELLO

ARTISTAS ESPAÑOLAS



MATILDE REVENGA

Notable y bella artista lírica, que ha obtenido recientemente, en un festival artístico celebrado en el Conservatorio de Madrid, un éxito clamoroso cantando diversos trozos de ópera

FOT. WALKEN

LA ESFERA
PÁGINAS ARTÍSTICAS



LAS UVAS DE AÑO NUEVO, dibujo de Ricardo Marín

Ricardo Marín ha recogido en este dibujo uno de los momentos con que los hombres celebran la muerte del año viejo, caduco y marchito, esperando que la entrada del año niño—alegre y saltarín, ataviado con blancos ropajes infantiles—venga a poner un nuevo ritmo, una nueva emoción ó un nuevo matiz en el desgranar monótono de nuestra vida, siempre igual y cansada. Mientras en las calles bulle y se agita la plebe algarera—con risas y canciones de un ritmo primitivo—, los aristócratas celebran la aparición del año, en sus mansiones señoriales ó en los hoteles en que el *flirt*, la música y las mujeres ponen aromas y cadencias parisinas. Esto nos ha pintado Marín. La escena es un saloncito impregnado de un adorable perfume de intimidad é iluminado suavemente por los reflejos pálidos de unas lámparas

diminutas. Un reloj cuenta el tiempo con sonidos monótonos, como los latidos de un corazón nunca acelerado en su impulso por el golpear de una pasión. Una mujercita, cuyas carnes juveniles se transparentan bajo las gasas del traje, tiene en sus manos las uvas, las clásicas uvas, que alguien supusiera, entre los dedos de la fémina, como un pequeño símbolo. Algo separado, se encuentra un hombre, que, con un prestigio de Don Juan, se afana más en mirar á la mujer que en comer la fruta. El galanteador dirige sus miradas á la boca pequeña y purpúrea de la hembra, que al comer las uvas deja ver sus dientes iguales, resaltando entre la sangre de los labios, que florecen como una rosa de tentación...

LA ESFERA

LA PINTURA CONTEMPORÁNEA



RETRATO, cuadro original de Manuel León Astruc, que figuró en el último "Salón de Otoño"



PASA UNA GÓNDOLA...



En las noches claras...



Donde los cambiantes de luz...

Es mi última noche en Venecia. Voy á dejarla. Desde la terraza de mi hotel contemplo sus calles silenciosas y el ir y venir de las góndolas. Tres noches que pasaron como tres pasajes de leyenda. La impresión de Venecia no se borra jamás.

La sensación prosaica es la de hallarse en un pueblo inundado, por el que hay que caminar en barca. Para el que quiera ganar tiempo, Venecia es una población molesta, en la que siempre se hallará perdido, pues que la orientación es muy difícil entre su laberinto de canales; pero para quien vino desde lejos, en alas del hada fantasía, buscando sensaciones del Arte, Venecia es una ciudad de ensueño. Sus encantos hay que saberlos buscar. Hay que buscarlos durante sus tardes luminosas, en las callejuelas solitarias, entre las escondidas ventanas y en las encrucijadas de los estrechos canales; hay que buscarlos bajo sus puentecillos y entre los muros de sus jardines, por los que se deslizan las plantas trepadoras hasta tocar las aguas. Hay que saberlos mirar á través de las columnas

La luna ilumina las fachadas de las casas y da un relieve singular á las columnas de los balcones. Bajo los puentes, la obscuridad es profunda. La góndola se desliza lentamente, sorteando los recodos y pasando bajo las ramas de los árboles, unas veces á la sombra, otras á la claridad.

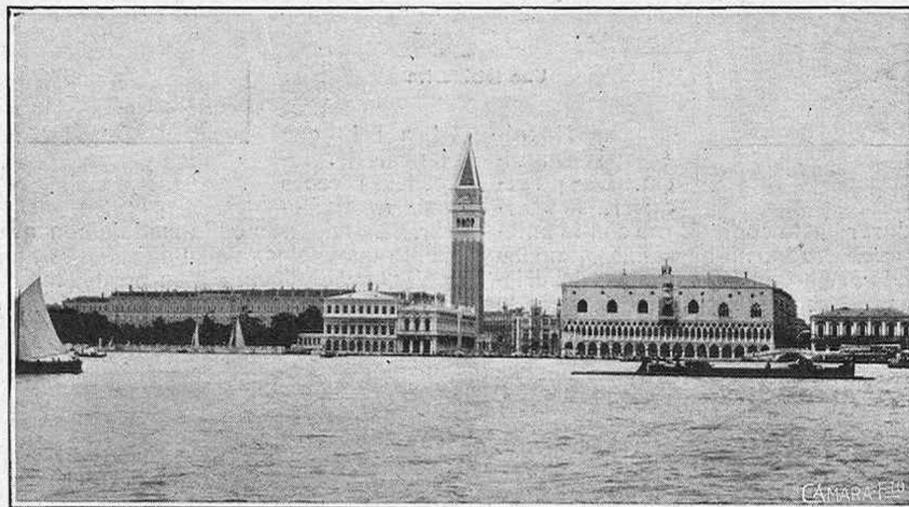
Comienza á amanecer. Las sombras van desapareciendo poco á poco, y la luz difusa, que va iluminando los remates de las casas, les da una tonalidad extraña; los palacios de mármol parecen más grandes, y Venecia tiene nuevos encantos á la pálida luz del amanecer.

Una nubecilla se tiñe de rojo. Se oyen cantar los gallos.

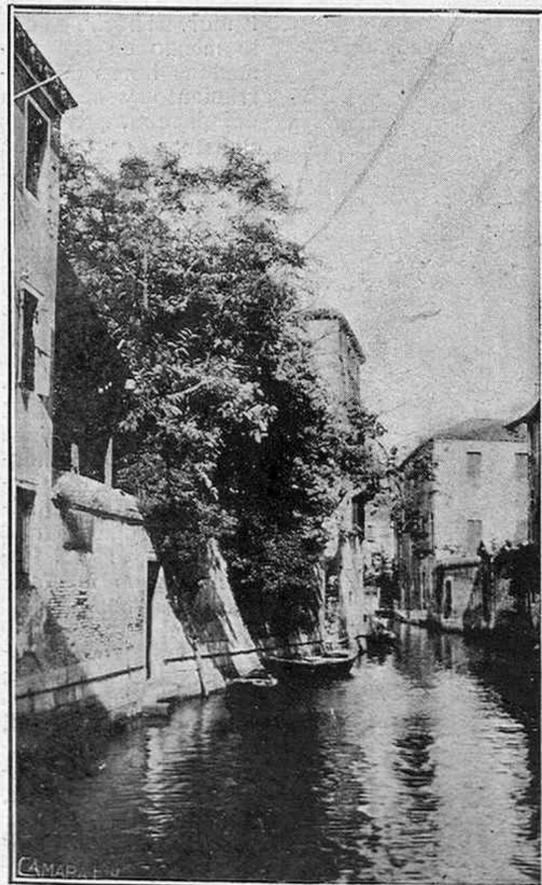
La góndola me deja en el andén de la estación, que está desierto; miro por última vez cómo despierta Venecia y, acomodándome en el vagón, emprendo el camino de Roma, fijos los ojos de mi espíritu en la Ciudad Eterna...

FRANCISCO M. DE PADILLA

Venecia, 1920.



Venecia es una ciudad de ensueño...



... hay que saber buscar sus encantos...

del Palacio de los Dogas, donde los cambiantes de luz son siempre nuevos. No se ven más que en Venecia.

Hay que asomarse al puente de los Suspiros y ver cómo se oculta la luna, sumiendo en las sombras los palacios, y cómo aparece luego reflejando en las aguas del Canal sus rayos de plata. ¡Puente de los Suspiros! ¡A la luz de la luna, tu silueta es un encanto poético, pero tu sombra es un siniestro fantasma!...

En las noches claras, hay que tomar una góndola y recorrer el Gran Canal para ver ese encanto en los magníficos palacios de mármol que surgen de las aguas como cuentos fantásticos de *Las mil y una noches*. A veces, durante el viaje, en el que sólo se escucha el chapoteo de las aguas removidas por el remo, un grito rompe el silencio, otro contesta cercano, y por una callejuela aparece una góndola que cruza silenciosa y se aleja después. Destaca el gondolero su graciosa silueta, inclinado sobre el remo, en la popa, y en medio de la barca; en mullido diván, dos sombras van unidas; la góndola ha pasado y se aleja, y con ella un momento de la vida.

Y si después de haber vivido estas noches venecianas y escuchado el melodioso acorde y la voz melancólica de la lejana serenata, que cruza sobre la iluminada góndola hasta el nacer de la aurora, el alma del viajero no se ha embriagado con el perfume del ensueño, es que aquel alma no es un alma de artista.

Debo partir al amanecer. Salgo á la terraza; la noche es clara, infinitamente serena. Al pie de la escalinata, la góndola me espera. El Gran Canal está desierto. Ocupo mi asiento, y el gondolero emprende el camino entre el laberinto de estrechos canales á través de la Ciudad.



... y entre los muros de sus jardines...



EL INDUSTRIALISMO
Y LAS MUÑECAS

¡ENSEÑADLAS A
HACER HOMBRES!...



Indostánicos



Una tobillerita



Las tres hermanas

ca á sus postrimerías—porque no va á durar hasta confundirse con la anteguerra de la próxima guerra—y no ha encontrado, no ha definido, no ha fabricado su muñeca... Es ello mucho más serio de lo que parece. Podría decir que la historia del juguete debe escribirse paralelamente á la Historia de la Humanidad. Alejandro, Napoleón, todos los grandes capitanes que han soportado la cobardía humana, no han sido más que niños grandes que han jugado á los soldaditos; soldaditos vivos, de carne y hueso, criados á semejanza de Dios y que, además, tenían madres y novias, y muchas veces hijos que les aguardaban en el hogar deshecho inútilmente...

La anteguerra última era todo ligereza, despreocupación; añoranza del placer no conocido de la corrupción romana. Se deseaba ser decadentista, saber á qué sabe la decadencia. Se bailaba el tango argentino y la danza de los apaches, mezclando la brutalidad de la Naturaleza virgen, vivida en la Pampa argentina, y la crueldad alcohólica y demoníaca de los suburbios de París. Para soñar era preciso inyectarse morfina ó tapujarse las narices con un algodón empapado en cocaína. Tal época, degradante y despreciable, no podía tener otros muñecos que los que enloquecieron á París durante una larga temporada: Tintín y Ninette. Bastaba para fabricarlos con unas hebras de hilos; tan sutiles eran que no te-

He aquí la trágica noticia. La postguerra se acercaban más que

sistema nervioso. Los inventó una modistilla parisién, mientras en la madeja con que trabajaba enredaba inconscientemente las espinas de su desengaño amoroso. Lo lanzó al mercado un *camelot boulevardier*, y bien pronto toda Europa, toda América, toda Asia, toda Africa y aun toda Australasia, el mundo entero, se vió visitado por Tintín y Ninette.

Se decía de ellos que traían buena suerte; que eran amuletos; que eran iconos é ídolos y dioscellos, en cuyos ojuelos—que eran dos abalorios de cristal negro—el porvenir se esclarecía y descifraba como si lo invocase la mismísima Pitonisa de Endor. El hecho es que lo mismo en las tremendas horas de aburrimiento y nostalgia del gineceo, que en los claustros regocijados y luminosos del *Sacré Cœur*, todas las muchachas, todas las jovencitas, entretenían sus ocios haciendo Tintines y Ninettes. No ha habido en el mundo matrimonio más famoso.

Se decía de ellos que traían buena suerte; que eran amuletos; que eran iconos é ídolos y dioscellos, en cuyos ojuelos—que eran dos abalorios de cristal negro—el porvenir se esclarecía y descifraba como si lo invocase la mismísima Pitonisa de Endor. El hecho es que lo mismo en las tremendas horas de aburrimiento y nostalgia del gineceo, que en los claustros regocijados y luminosos del *Sacré Cœur*, todas las muchachas, todas las jovencitas, entretenían sus ocios haciendo Tintines y Ninettes. No ha habido en el mundo matrimonio más famoso.

Pero si esto era cosa liviana y arte futil y pasajero, al alcance de todas las habilidades, como el hacer pajaritas de papel, adviértase cómo par á par de Tintín y Ninette nacen en la anteguerra los muñecos de trapo: el arte supremo y maravilloso de hacer muñecos de trapo; muñecos, como hijos del hombre, feotes, desgarrados, ridículos, caricaturescos, llenos de gracia, de vida, de expresión...

Hasta aquí, el hacer muñecos era un privilegio ridículo de los fabricantes; de unos burgue-



La eterna comedieta: "Pierrot y Colombine"

Hasta aquí, el hacer muñecos era un privilegio ridículo de los fabricantes; de unos burgue-

LA ESFERA.



Aldeanos bretones

cos sean como serán mañana sus propios hijos. «El encanto de la casa» suele ser feo y desgarrado; por eso, precisamente, se le quiere más. Pero como si esta revolución fuese pequeña, las niñas actuales quieren hacer ellas mismas sus muñecos; no les basta, como antaño, con vestirlos y adornarlos; no quieren ser modistas, sino madrecitas. De esta efusión cordial, de este tierno y dulce anticipo de maternidad, ha surgido el muñeco de trapo; el muñeco que pueden hacer todas las niñas; no traído por manos mercenarias de una lejana fábrica, sino nacido en



Madame Pompadour



Musetta y Mimi

ses que tenían máquinas y legiones de obreros. El régimen de división del trabajo y la necesidad de producir económicamente hacían que los muñecos se produjesen por tandas de centenares y de millares; todos iguales, todos hechos en los mismos moldes. La Humanidad no es así. Cada hombre, cada mujer, cada chiquillo, tiene fisonomía propia. Sería caso milagroso encontrar en el mundo dos caras absolutamente iguales; ni aun en los mellizos la semejanza llega a ser una completa igualdad. Así, la industrialización de los muñecos era una cosa bárbara, antinatural, antihumana. Las niñas no amaban a sus muñecas, porque todas eran iguales: las que había en los escaparates de todas las jugueterías, las que se compraban en todas las poblaciones, por lejanas que estuviesen. Dijérase que procedían todas de una inmensa inclusa, ó acaso, mejor aún, de una incubadora sin amor maternal. Los industrializadores olvidaron que la muñeca es el símbolo más espiritual que ha imaginado el hombre.

Pero esto se ha acabado. ¡Allá vayan condenadas al infierno las muñecas de cara gordiflona, de ojos saltones, de boca chiquirritina, de barriguita redonda y miembros rígidos, horrendas con su belleza sin expresión y sin gracia!

Las chiquillas actuales quieren que sus muñe-

el propio hogar donde ha de ser amado y donde se le espera con los labios suspirantes, con la ilusión de que todo lo llenará y alegrará con sus gracias, sus regocijos y sus encantos infantiles.

Es cierto que numerosos artistas han aprovechado la innovación y han convertido en obras admirables y en sorprendentes caricaturas los ingenuos muñecos de las niñas que no tenían otra musa escultora que el instinto de la especie. Nuestro Bartolozzi ha hecho del arte de hacer muñecos una técnica genial. Esto mismo

nos induce a dirigir un llamamiento a las madres y a las maestras de escuela. ¿Por qué no tomar en serio el arte de hacer muñecas? ¿Por qué no enseñar a las niñas, dejando desde luego en libertad las iniciativas del peculiar temperamento de cada una, a hacer muñecas? Sería lo mismo que enseñarlas a ser madres. No se concibe que se enseñe a las chiquillas a zurcir, a bordar, a hacer encajes, a pintar flores, a tocar el piano, y no se las enseñen sus verdaderas misiones en el hogar: tener la casa llena de alegría; tener encendido en amor el corazón del esposo; tener el don divino de hacer hijos laboriosos, enérgicos, abnegados, capaces de vencer las angustias de los tiempos que vienen...

Los juegos de los niños son la más clara revelación del temple espiritual de cada edad. Por las muñecas con que juega cada generación en su infancia, podríamos adivinar su porvenir. En las muñecas prehistóricas han podido leer los arqueólogos cómo fué el pasado. ¡Oh, maestras españolas! ¡Enseñad a vuestras discípulas a hacer muñecas, para que, cuando dejen de ser niñas, puedan hacer hombres; los hombres recios que necesita España para salvarse!

AMADEO DE CASTRO



Dos amiguitas



Familia negra



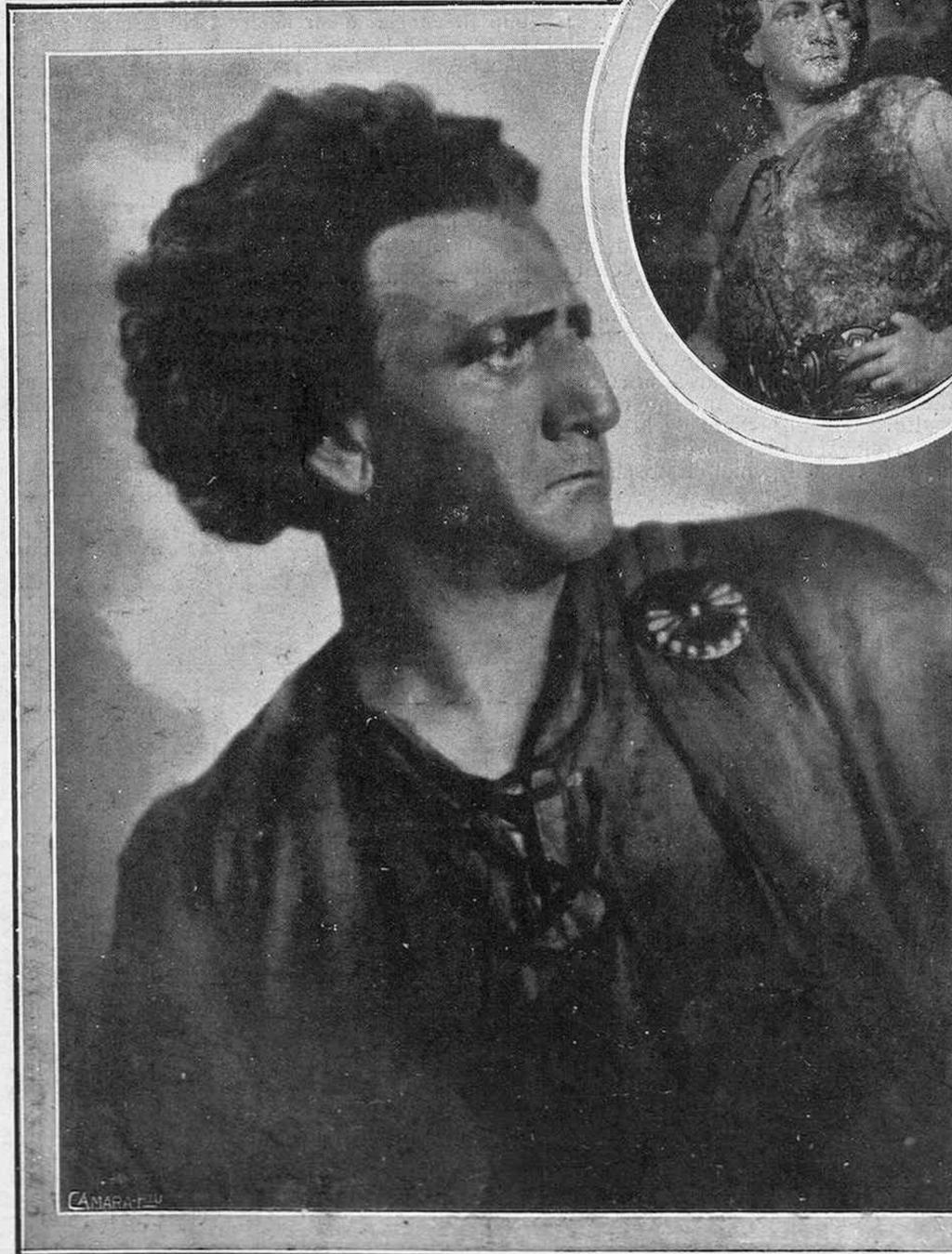
Desafinando



FIGURAS DEL ARTE LÍRICO

WALTER KIRCHOFF

FIGURA saliente del cuadro de artistas alemanes contratados por la nueva Empresa del Real para representar íntegramente la *Tetralogía*, es Walter Kirchoff, considerado hoy como el mejor de los tenores especializados en el repertorio wagneriano. Su éxito ha sido rotundo, definitivo, como sólo habíalo conseguido entre nuestro público habitual de la ópera los *divos del bel canto*. Sin duda han contribuido á ello la varonil presancia del artista, su completo dominio de la escena, su profundo conocimiento del arte wagneriano y de todas y cada una de las obras del coloso de Leipzig; su magnífica escuela de declamado lírico, requisito indispensable en el verdadero intérprete de Wagner, y sus artísticas caracterizaciones del *Loge*, del *Sigmundo* y del *Sigfredo*, tan distantes de las que acostumbran á adoptar los cantantes latinos procedentes de la vieja ópera convencional y arbitraria, y con las que, á falta de mejor modelo, iba familiarizándose el público madrileño. Pero lo que sobre todo ha determinado el triunfo sin precedentes del tenor berlinés en Madrid, han sido sus excepcionales condiciones de artista lírico. Porque Walter Kirchoff no sólo realiza plástica y dramáticamente los personajes wagnerianos que interpreta, sino que canta de un modo admirable, ofreciendo la interesante amalgama de dos escuelas que parecían ser antagónicas: la genuinamente germana y la netamente italiana, en lo que ésta tiene de plausible, aunque en ocasiones Walter Kirchoff, acaso llevado por su temperamento de gran lírico, pueda incurrir en ciertos efectismos y prácticas operísticas que ya no parezcan tan dignas de loa al wagnerista intransigente. Explica el curioso caso la etapa inicial de los estudios de este insigne



Walter Kirchoff en las interpretaciones de "El ocaso de los dioses", "El oro del Rhin" y "Sigfredo"

tenor. Durante algunos años hizo su aprendizaje en Milán bajo la dirección de nuestro ilustre compatriota Federico Blasco, maestro que fué del inolvidable Julián Gayarre. Así, Kirchoff empezó por educarse artísticamente para la ópera, y luego, aunque consagrado con especialidad al repertorio wagneriano, no dejó nunca de cultivar el tradicional con extremo cariño. En Inglaterra, en Alemania, en Suecia, en América, Kirchoff ha sido aclamado por los públicos en notables versiones del *Don José*, de *Carmen*, del *Ducca*, en *Rigoletto*, y en otros roles análogos de tenor lírico. Ello nos da la clave de ciertos detalles de su arte, como la flexibilidad y facilidad de emisión, la exquisitez de sus *smorzandos* y de sus frases á media voz, la riqueza del matizado, la justeza impecable y otras perfecciones técnicas que sólo alcanzan los que impusieron á su voz la severa disciplina docente de la escuela clásica italiana. Ciertamente en *Lohengrin*, la más lírica de las obras de Wagner, la labor de Kirchoff ha sido algo excepcionalmente bello é interesante, como lo sería su actuación en cualquiera de las óperas antes citadas.

Walter Kirchoff ha sido uno de los más entusiastas propagandistas wagnerianos de Inglaterra, luego de haber hecho su presentación por primera vez ante el público de Berlín como intérprete especializado de Wagner. Entre los actos de apostolado wagneriano más hermosos de Kirchoff mencionaremos el concierto dado en el Albert Hall, de Londres, el año anterior á la guerra, ante 14.000 espectadores. En esa fiesta memorable cantó el célebre tenor los fragmentos más importantes de la *Tetralogía*, *Lohengrin*, *Tannhauser*, *Parsifal* y otras obras del inmortal compositor alemán, alcanzando uno de los triunfos más ruidosos de su brillante carrera. Fué su consagración definitiva como gran tenor dramático.

La Empresa del Real merece toda la gratitud de los filarmónicos madrileños por haberles permitido admirar este artista verdaderamente magnífico, del que sin duda quedará perdurable recuerdo. Hagamos votos por su reaparición en próximas temporadas.

A. BARRADO

EL CORAZÓN ILUMINADO



SUSPIROS, BESOS...

Suspiros, besos, llanto de amor... Cosas sublimes, solemnes; cosas llenas de luz... ¡Las más solemnes de la vida! ¿Qué fuerza, qué poder no tendréis, que es todo por vosotras en la vida y la muerte?

El cielo, las estrellas, el sol..., ¡el mundo entero!, ¿valen más que valéis? ¿Tienen más que no tienen unos ojos que lloran, unos labios que besan ó un pecho que suspira de amor y se estremece?

MI ESPÍRITU...

Mi espíritu se llena de paz. Serenamente, la brisa de la noche satura de fragancia las vidas y los sueños. La tierra late y siente.

Reloj maravilloso del mundo y las esferas, tu corazón, ¡oh, Tiempo!, se oye latir en todo. ¿Dónde los sueños giran? ¿Dónde las primaveras?

La estrella de oro tiembla. La tierra late y siente. Y es luz cuanto suspira, y es lumbre cuanto late; y la eterna armonía, sin voz, se hace consciente.

En tanto, aman las flores que morirán mañana, y crecen las espigas que el sol hará de fuego. El mundo va girando hacia la azul diana.

Yo, en la paz de la noche, mi corazón entrego á la tierra que sueña... y á mi estrella lejana.

CUANDO YO VI SUS OJOS

Quando yo vi sus ojos, hermanos de la aurora, estrellas del imperio de amor que á todo rige, como aquel que recuerda después de un sueño, dije: — ¡Yo he visto esta belleza, mi amor, antes de ahora!

No sé si en otro sueño del sueño que es lo humano, ó si en un mundo antiguo, en una anterior vida; pues tienen la dulzura de una gloria extinguida y la gracia inefable de un recuerdo lejano.

Acaso en esos ojos, que amor eterno inspiran, se reflejó en un tiempo remoto mi existencia; ¡en esos ojos puros que me hablan de una ausencia feliz! ¡Ojos divinos, que besan cuando miran y tienen el encanto que tuvo mi inocencia!

SUEÑOS

¡Oh, dulces sueños míos! No sois para la vida, ni sois para la muerte. Venís del infinito magnífico; del fondo distante de un espejo fantástico; del agua serena de un gran río...

No nacéis ni morís. Sois perpetuos. Brotáis del tiempo y del espacio. Y atentos al prodigio de un sér consciente y propio que encarna vuestra [esencia, volvéis á la incorpórea verdad del infinito.

CISNE

Yo soy el hombre puro que un cisne parecía; un cisne blanco y vago bajo la fronda umbría que el lago azul y quieto, con sombra azul cubría.

¡Oh, el íntimo misterio!..., la soledad lacustre... y el bello amor del agua, de inquieto y áureo [lustre, por donde yo pasara en un silencio ilustre!

El lago era un remanso para el éxtasis viejo que aún siente el alma mía. Era un mago reflejo... Y era la eternidad... ¡El infinito espejo!...

¿Y la vida? ¡Un misterio de amable paz dotado! Amé allí lo que ahora persigo: ¡Un bien soñado!... Algo como esa estela que al pasar ha dejado el cisne que fué un día este hombre iluminado!

TRÁNSITO

Un algo de mí mismo ha volado y se ha ido, en la quietud magnífica, hasta el nocturno cielo. Un algo de mi alma está inocente... He sentido en la brisa fragante la emoción de su vuelo...

Brilla la media luna en el cenit obscuro entre mudas estrellas. La luna es la promesa blanca sobre la vida. Su llanto blanco y puro, da sueños, como rosas, y albura á cuanto besa.

¡Oh, silencio! ¡Oh, quietud! Las rosas de mi [alma esta noche hasta el cielo purísimo se han ido; han volado mis sueños de amor, puros y en calma, al más allá sin nombre... ¡á lo desconocido!

Rafael LASSO DE LA VEGA

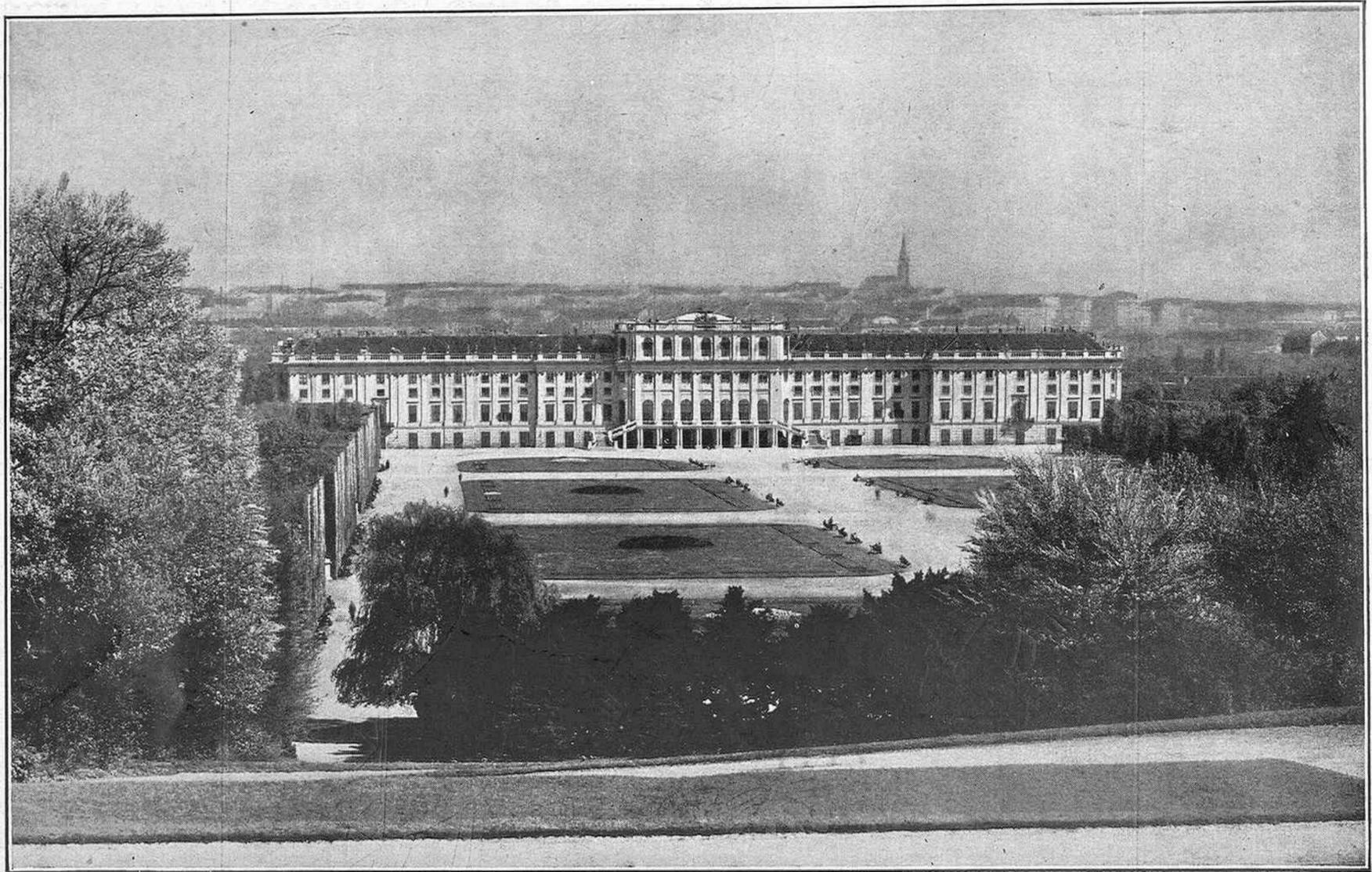
DIBUJO DE BUJADOS



RESIDENCIAS
:: FAMOSAS ::



SCHÖNBRUNN



Vista general del castillo de Schönbrunn

«Die schönen Tage von Aranjuez sind vorüber...»

Don Carlos.

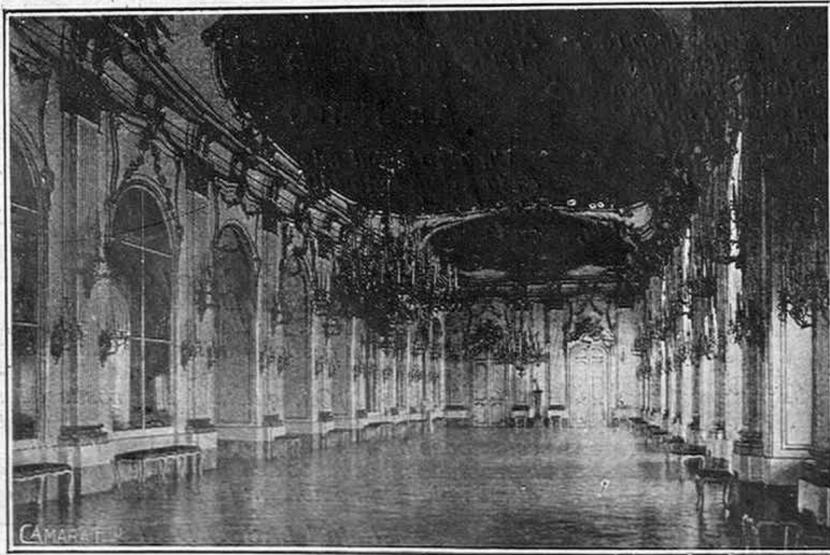
Las palabras que á guisa de mote encabezan estas líneas, y que Schiller puso en los labios de Don Carlos pensando en aquellos históricos y fastuosos días de Aranjuez, que—según el célebre poeta alemán—, ¡ay!, *pasaron para no volver*, no estarían mal grabadas en el arco de la puerta principal del castillo de Schönbrunn, dentro de cuyos muros reina la soledad y están parados todos los relojes, como si sus inmóviles manecillas quisiesen recordar á los que

en ellas se fijan que todo... todo caduca en este mundo: la pobreza, la riqueza, los títulos, los honores, la fuerza de los poderosos y el armíño de Reyes y Emperadores...

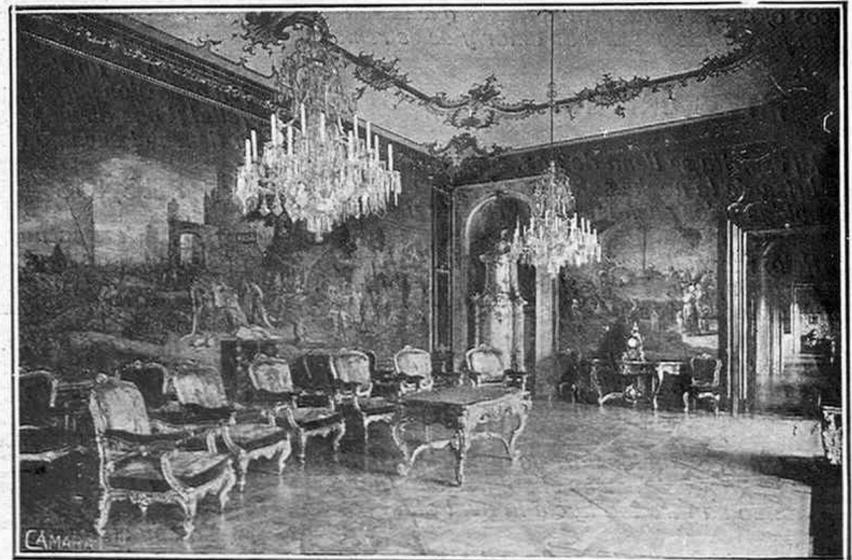
Schönbrunn es palabra alemana, compuesta del adjetivo *schön* (hermoso) y *brunn* (fuente): *f fuente hermosa*. Así se llama—como es sabido— el histórico castillo vienés, edificado en medio de un inmenso y magnífico parque, estilo francés, adornado con infinidad de monumentos, siendo uno de los más hermosos, por sus dimensiones gigantescas y por su artística arquitectura, el que los vieneses llaman *La fuente*, cuyo nombre

ha tomado el castillo ex imperial, terminado en 1700, bajo el reinado del Emperador José I, por el genial arquitecto y artista vienés Fischer von Erlach. En 1801 tuvo en el castillo de Schönbrunn su Cuartel General el archiduque Carlos, y en 1805 y 1809 estuvo instalado en él el gran Napoleón. Y no son éstos todos los recuerdos históricos que evoca el castillo de Schönbrunn...

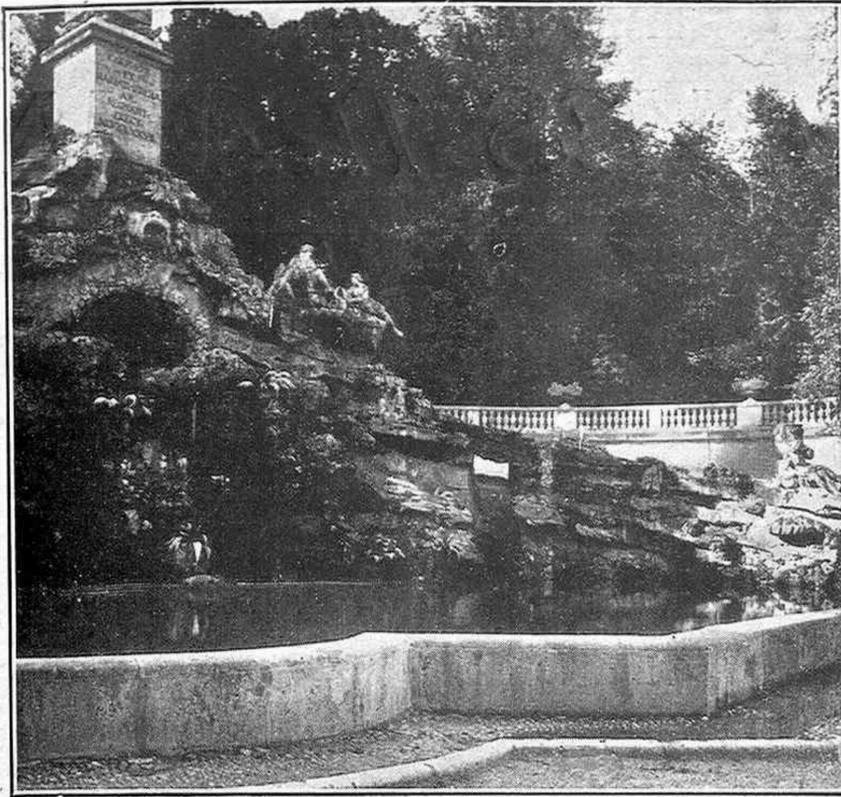
Aquí, en este edificio de arquitectura sobria y de tonos amarillentos, celebróse el *Congreso de Viena*; aquí, por estas avenidas, sombreadas por grandes y frondosas raman de árboles seculares, paseó María Teresa, ante quien se desha-



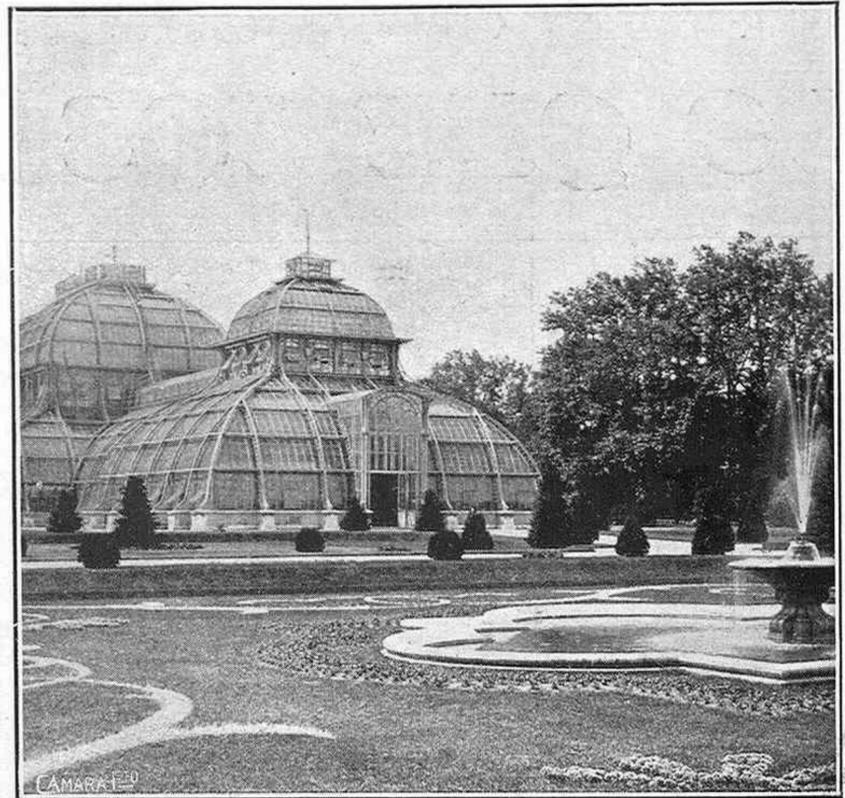
Galería principal



Sala de los Gobeinos



El Obelisco



El Invernadero

cian en ridículas reverencias sus hombres de Estado y temblaban sus generales; aquí, al borde de estos poéticos estanques, solía sentarse el duque de Reichstadt, quien más de una vez dejó en sus lípidas aguas *huella sangrienta* de la cruel enfermedad que le arrebató la vida cuando apenas contaba veintiuna primaveras...; aquí, apoyada en el pedestal de este precioso obelisco que vemos, lloró muchas, muchísimas veces la hermosa María Luisa...; aquí, dentro de los pabellones amarillos, que discreta é intencionadamente fueron construídos en lugares apartados, solía sentarse el dictador Metternich; aquí, desde la terraza de la *Gloriette*, situada á una altura de unos ochenta metros sobre el jardín del castillo, y que muchos artistas han llamado *la puerta del cielo*, por su aspecto poético y fantástico, el Emperador Francisco José arengó á sus soldados en aquella memorable tarde otoñal del año 1914, y aquí, aquí en estos vergeles que veis, jugaba con sus hermanitos, despreocupado y alegre, hace muy poco tiempo, el hijo mayor del ex Emperador Carlos, mimado de cuantos le rodeaban, y que en él veían al futuro Emperador de Austria y Rey de Hungría... De todos estos célebres personajes sólo quedan sus nombres en la Historia y el recuerdo... El castillo, en cambio, sigue en pie, esperando á los que no vienen, á los que ya no volverán: unos, porque no existen; otros, porque la ola revolucionaria, habiendo invadido todos los palacios imperiales y reales de Centroeuropa, ha parado los relojes que, acompañadamente, continuamente, iban contando *maquinamente* los días de su reinado...

Este castillo ó palacio, que durante siglos había venido perteneciendo á *pocos*, es en la actualidad de *muchos*, de *todos* los vieneses que vienen á Schönbrunn atraídos por la curiosidad, ávidos de admirar lo que jamás sus ojos vieron, ó deseosos de revivir el pasado, *que siempre fué mejor*...

Ya no se necesitan pasaportes, ni permisos especiales, ni recomendaciones de altos personajes, para visitar los imperiales y regios aposentos, de los cuales hay mil cuatrocientos cuarenta y uno en el castillo de Schönbrunn, á cual más hermoso y artístico. Doña República es la portera, y á todos abre democráticamente la puerta. En el patio principal, diminutos soldados republicanos han substituído á los gallardos y arrogantes alabarderos imperiales, de porte distinguido y de ojos severos... En el interior, un ex lacayo hace de cicerone, y nos acompaña. Gustosos le seguimos, pues, de lo contrario, difícilmente podríamos salir de este laberinto de cuartos, corredores, pasillos, gabinetes y salones, todos elegantísimos, todos amueblados ricamente, todos de gusto refinadísimo y de un arte insuperable.

Aquí, el «Salón de las rosas», sencillo, pero de aspecto distinguidísimo; allí, el «Cuarto de los millones», hecho un ascua de oro y adornado con un artístico busto de la Emperatriz Isabel; acá, el «Salón chino», de arquitectura originalísima, con una mesa movediza en el centro, que desaparece debajo del suelo sólo con empujar un timbre eléctrico; acullá, la «Sala china», valioso regalo de la Emperatriz del Celeste Imperio. En la «Sala de los gobelinos»—una de las más ar-

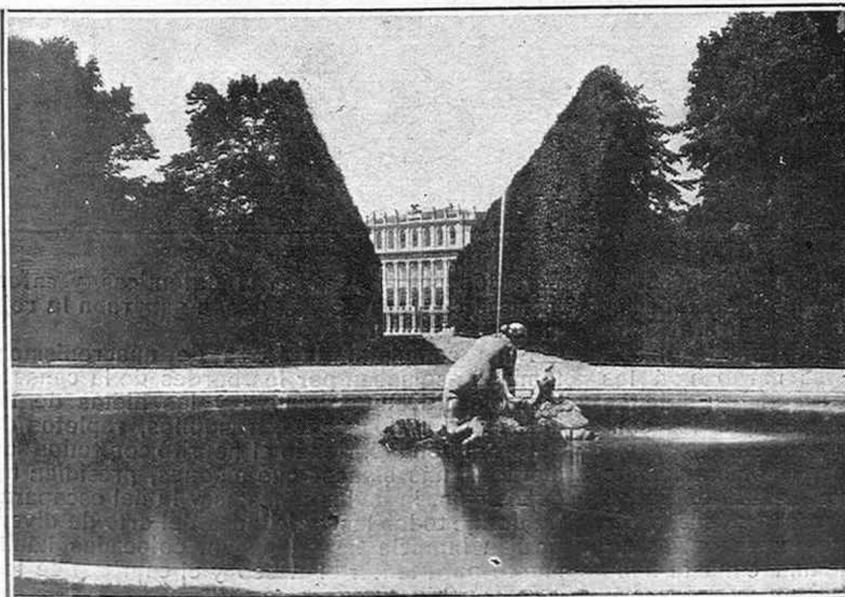
tísticas, lujosas y hermosas—terminó sus días el Emperador Francisco José. Junto á ésta se halla la «Grand galerie», por la cual han desfilado casi todos los monarcas actuales y los de los siglos pasados...

Desde las ventanas de los salones que acabamos de visitar vese el parque de Schönbrunn, con sus poéticos estanques, sus avenidas encantadoras, sus monumentos románticos, sus fuentes... A la izquierda se alza, elegante, el histórico obelisco, al pie del cual tanto lloró María Luisa; á la derecha, entre el Jardín Botánico y el Jardín Zoológico, vense los grandiosos invernaderos imperiales; frente á éstos, la «Ruina romana», que tan grande impresión hizo al autor de *L'Atglon*, y allí, en el fondo, colgada en lo azul, la elegante y blanca *Gloriette*, que, vista al tramontar del sol, semeja una *fata morgana*...

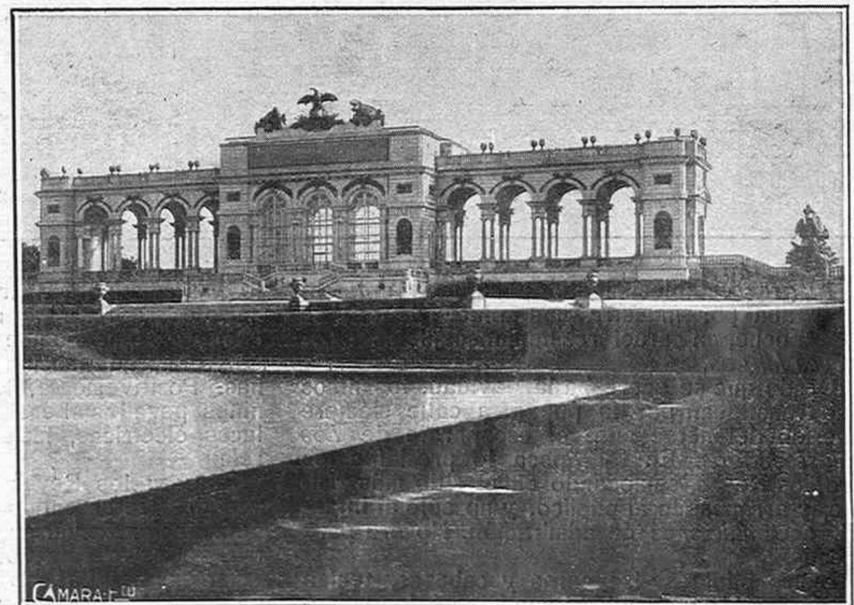
No obstante tanta riqueza, tanto arte y tanta hermosura, Schönbrunn deja en el corazón del cronista un sentimiento de triste é indecible melancolía... No me gustan los palacios abandonados, ni las cunas vacías, ni los relojes parados... Unos y otros son como los días sin sol, como las flores sin colores, como el cielo sin estrellas y los jardines sin mariposas... Los vieneses deben de sentir lo mismo que yo, pues salen todos muy despacito del imperial castillo, y se alejan... se alejan silenciosa y lentamente, un tanto pensativos, cabizbajos y melancólicos...

PROFESOR A. SARDÓ Y VILAR
(Danubio)

Viena, Noviembre de 1920.



El Parque



La Glorieta

ENED
BIBLIOTECA

CUENTOS DE "LA ESFERA"

LO QUE LOS REYES TRAÍAN



El gran establecimiento de juguetería ostentaba por muestra una placa donde, de noche, en caracteres luminosos, leíase: *Los Reyes Magos*.

Desde que se acercaba la Navidad, los niños que transitaban por la populosa calle siempre querían detenerse ante el escaparate de *Los Reyes Magos*. En tal época lo presidían los propios Reyes, campeando en el sitio más visible, y arrancando al público, y no sólo al infantil, exclamaciones de admiración. No era para menos.

Bien modeladas las caras y cabezas, tenían esa expresión de realidad que hace á los muñecos parecer personas. Sus cabelleras y sus barbas eran de pelo natural; sus ojos de vidrio, en

lo cual seguían una tradición de la vieja imaginación española. Y tan acabadamente estaban hechos esos ojos, que se les notaba el brillo húmedo y la mirada fascinadora de las pupilas humanas. Positivamente, los Reyes miraban á los niños pegados al escaparate, y, al juego de las luces eléctricas, hasta dijérase que les sonreían.

Estaban los Reyes fastuosa y orientalmentemente vestidos, de brocados de oro y plata, bordados de imitación de perlas y piedras preciosas, y detrás de los tres figurones, tres dromedarios erguían sus jorobas, sostén de una canasta llena de juguetes llamativos: arlequines, mamarrachillos guiñolescos, pierrots pálidos, muñecas pelirrubias, bebés llorantes y con su biberón al lado,

perrillos cuyas lanas eran auténticas, y enfermeritas con sus tocas, donde sangraba la roja cruz.

Para completar la lista de anacronismos, también asomaban por los bordes de la canasta las gomas de un automóvil y las aletas de un aeroplano. Y los Reyes, tranquilos, repletos de paternal bondad, riendo el negrito con todos sus dientes, más blancos que piñones, presidían tal exposición, la de las canastas y la del escaparate, donde todas las variedades del arte de divertir á la infancia se agolpaban, colocadas hábilmente para tentar el deseo y el capricho de los chiquitines.

Reproducidas en tamaños apropiados, todas las cosas útiles ó gratas se desbordaban del esca-

parate tentador. Era una reducción de la vida, con necesidades, goces, conflictos, adelantos y luchas.

Desde la cocina con todos sus enseres, y el mobiliario con todos sus accesorios, y el teatro con todas sus bambalinas, y el cinematógrafo en miniatura con sus sorpresas, hasta el campo de batalla, reducido á proporciones menudas, pero con trágicos episodios, los muertecitos de plomo, tumbados al borde de la trinchera de cartón, y los combatientes, enzarzados, disputándose una colina, de cartón igualmente, no había cosa que no se encontrase allí. Y dentro de la tienda, una procesión interminable de mamás, niñeras, misses, abuelos babosos y padrinos rebosando complacencia, llevaban de la mano á las criaturas, transportadas de loco júbilo, alzando las piernecitas, como si estuviesen electrizadas, ó quietas de puro entusiasmo, cortado el aliento ante tales maravillas, y queriendo llevarse las todas juntas, juntas, aunque no les cupiesen en los brazos. Y sonaban chillidos, y exclamaciones apasionadas, y graves voces moderadas, y la mercancía despachábase al vuelo, y no tenían los dependientes manos para envolver y atar tanto paquete, que la impaciencia de la clientela menuda no consentía que le fuesen enviados á casa, sino que ansiaba cargar con ellos allí mismo, en el anhelo de la toma de posesión.

Entre la muchedumbre, Niní y su padre trataban de avanzar, abriéndose paso. Les era difícil, y la niña suspiraba, protestaba.

—Papá, no nos dejan ver... Papá, que se quiten, ¡ea!

Era Niní morenilla, con ojos verdes y pelo castaño rojizo: el vivo retrato de su mamá, que pasó del mundo cuatro ó cinco días después de que la niña nació. Y aquel suceso hundió al esposo en una melancolía que duró años, los primeros de la infancia de Niní. El único consuelo para él era la chica, aquel encanto, de la cual decían los médicos que tenía «demasiada imaginación» y que era preciso cuidarla con vigilancia exquisita. Y el padre á cuidarla se había consagrado, como á flor de estufa, que gracias á eso puede criar sus delicadas hojas y su frágil flor.

Los amorosos dedos paternos mullían el asiento para Niní, medían su comida, rodeaban su cuerpo con telas que la daban abrigo suave y hasta dosificaban los perfumes del baño. Era una preocupación continua y un arrobamiento permanente, según iba marcándose más la se-

mejanza con la esposa que había perdido, al desaparecer las formas redondeaditas de bebé, y espigar los seis años en prolongaciones de líneas y transformación de bucles en trenzas. Gestos, movimientos de cabeza ó de manos, inflexiones de voz, traían al padre tales recuerdos, que las lágrimas se le agolpaban. Y, por supuesto, no había caso de que se le negase á Niní nada de lo que excitaba su antojo. Gusto indicado, gusto cumplido. Tanto era así, que á los seis años y medio estaba Niní gastada y saciada en materia de juguetería, y no sabía su papá á qué santo encomendarse para regalarle algo nuevo y que le fuese grato.

—De eso ya tengo—era la respuesta displicente de la chiquilla.

Recorrían, registrando y curioseando las galerías del extenso hall de la tienda. Y á todo fruncía la nena el gestecillo, y hacía el mohín con la boca, donde faltaba un diente de leche.

—Ya tengo... Ya me diste, el día de tu Santo...

Se descorazonaba el padre. ¿Qué le compraría, vamos á ver? Y, al mismo tiempo, otros pensamientos importunos bullían en su magín. Desde hacía algún tiempo, su hermana venía proponiéndole una boda. ¡Sí, una boda, á él, el viudo desconsolado é inconsolable! Una boda, claro es, de conveniencia, de reflexión; una persona sería, que «diese sombra» á Niní, que la amparase cuando tuviese que presentarse en sociedad, que entre tanto dirigiría su educación, que regiría certeramente la casa... Con todo eso, la idea era de plomo para el viudo, que se había prometido no substituir á aquella... Comprendía la razón de los argumentos de su hermana, y era lo que más le dolía. En efecto, era sensato, hasta por interés de la pequeña... Y, con todo eso, su corazón se encogía pensando en cambio tal... Mientras él cavilaba, la niña miraba alrededor, desdeñosa. De pronto, lanzó un grito.

—¡Ay, papá! Eso sí que me gusta. ¡Anda! ¡Anda!

La mano tendida señalaba hacia el escaparate, y mostraba en él las tres figuras de los Reyes, que presidían, afables y graves dos de ellos; el tercero, expansivo y riente, el conjunto de la juguetería...

—Quiero eso... ¡Quiero los Reyes! ¡Anda!

Y les enviaba un beso volado, tiernísimo. El padre se quedó perplejo, no sabiendo si embromar á Niní por el capricho, ó si regañarla y no hacerle caso por primera vez. Comprendía

la dificultad de complacerla. Los bellos figurones representaban para el establecimiento, no sólo el mejor reclamo, sino una especie de blason, un orgullo artístico, una singularidad que diferenciaba de las demás á la tienda. Era como querer que le vendiesen la tienda misma, y no parecía verosímil que se prestase el dueño. Pero el antojo de Niní, en vez de calmarse, se agudizaba. «¡Quiero los Reyes!», repetía, con gestos llaneros, con verdadera aflicción en la voz. Un temblor la sacudía, y se acentuaba su parecido con la madre, pero en los días de la enfermedad, en las horas de decadencia y sufrimiento. Cruzó por la mente del padre esa idea que tantas debilidades inspira: la niña podía enfermar, hasta podía, ¡quién sabe!... No, ni pensarlo. Ante eso, ¿qué valía lo demás? Y parlamentó con el dueño del establecimiento. En voz baja, en el rincón del escritorio, propuso la compra. Hubo resistencia, y se subieron á la parra, asombrados de tan extravagante petición. No se vendían; no estaban allí para eso...

—Pagaré lo que usted quiera... Y, además, le quedaré agradecido.

¡Saqueo escandaloso! ¡Bellaco embuste! Mil duros cada muñeco, y, ni aun así, aseguraba el dueño que perdía. Los figurones le habían costado mucho más... ¡Cómo que los había modelado Benlliure! «¿Lo oye usted, don Mariano?» Y lo afirmaba intrépido, seguro de que los muñecos no lo desmentirían.

Loca de gozo, Niní vió que trasladaban á su automóvil á los Reyes. No se hartaba de mirarlos, de besarlos, de pasar las manecitas por los tentuos ropajes, recamados de pedrería. Los temores del padre renacieron: también aquella excitación podía ser peligrosa.

La noche de aquél día, Niní tardó en coger el sueño. Daba vueltas y vueltas en su camita. A las graves campanadas de las doce, le pareció que los Reyes adquirían movimiento, que andaban, que se acercaban, en un círculo de claridad, afectuosos, solemnes. Y el más viejo, inclinándose á su oído, murmuró:

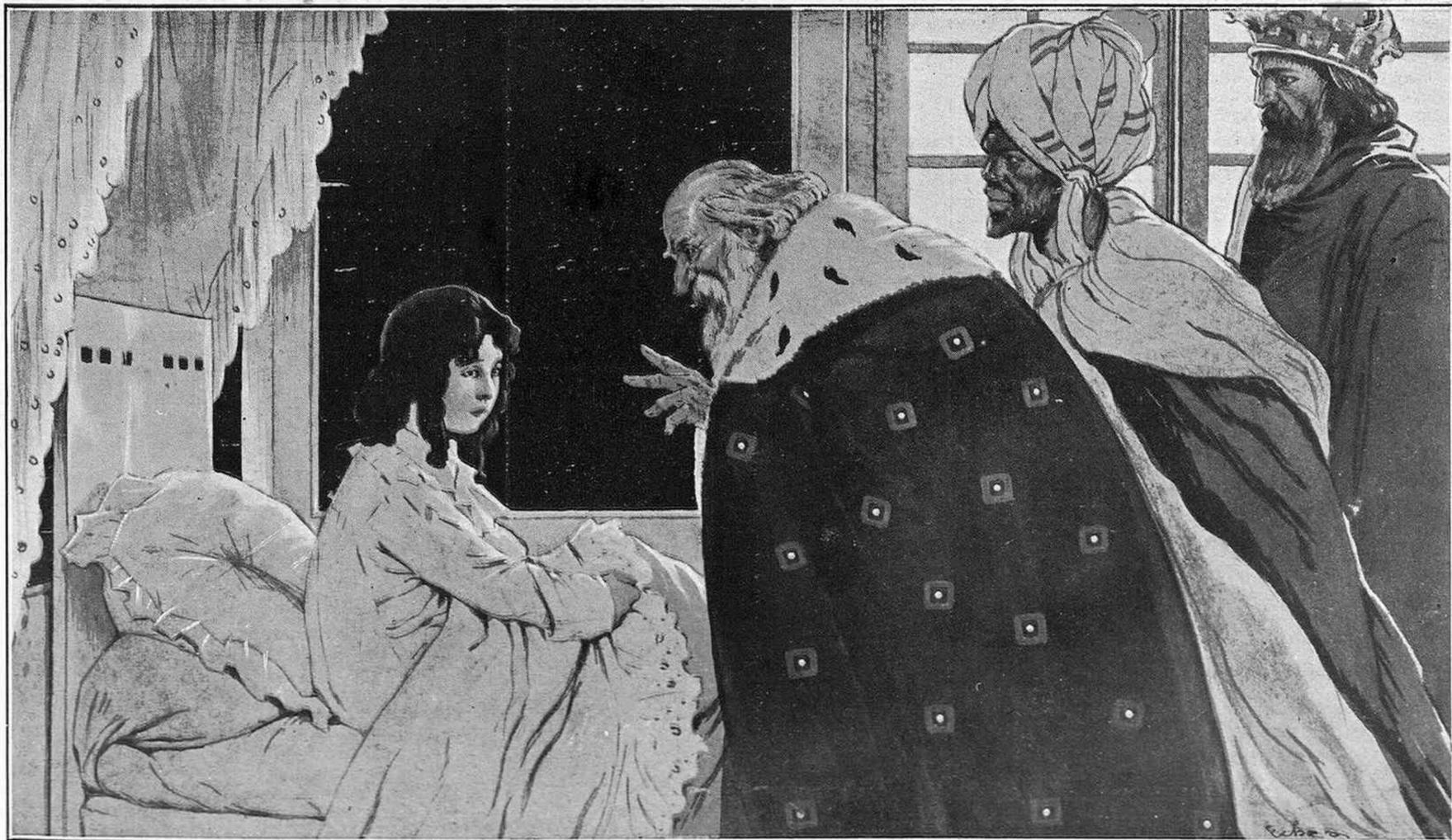
—¿Sabes lo que te traemos? Te traemos una mamá nueva...

La niña, temblando, metió la cabeza debajo de la sábana, y con hipo acongojado se la oyó sollozar:

—¡No, eso no! ¡Mamá nueva, no!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

DIBUJOS DE ECHEA



LA VIDA ARTÍSTICA
EXPOSICIONES EN MADRID



La notable artista rusa Sonia Delaunay en su Exposición de Arte decorativo y aplicado del "Salón Mateu"

EN la sala valenciana del reciente «Salón de Otoño» se destacaba la elocuente sensibilidad de un admirable paisajista: Antonio Esteve.

Antes, en Barcelona y desde el «Salón Barés» —tan academizado, tan aburguesado, tan regresivo en sus preferencias—, dió la nota juvenil y fresca de su modernidad.

Ahora, ya dentro de más adecuado marco, los paisajes de Antonio Esteve se ha exhibido en el madrileño «Salón de Arte Moderno».

Hay en este paisajista, por muchos conceptos interesante, ante todo una sutil emoción, un sentimentalismo agudo frente a la Naturaleza. Enseguida, la amplitud penetrante y capaz de un colorista. Y después, completando esas dos cualidades congénitas, una educación refinada del gusto, que le consiente, é incluso le exige, la condición—muy de nuestra época—de ser un decorador.

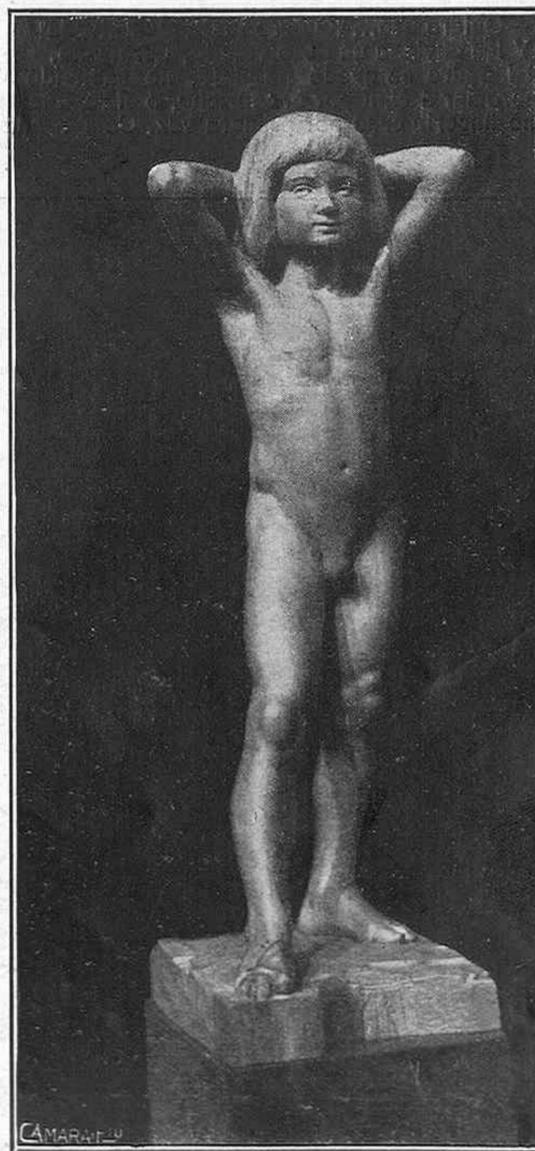
Así, su obra, examinada en conjunto, da al espectador la sensación del realismo más profundo, de la idealidad más romántica y del estilización, de la síntesis, que debe cambiar la visión natural en la interpretación pictórica.

Esteve pinta, preferente, temas valencianos. Se mueve dentro del ambiente donde vió por primera vez la luz y donde la ha estudiado durante su vida. Esa luz de Valencia, fina, delicadísima, plena de brillantes grises, que sólo en Pinazo Camarlench habíamos visto hasta ahora interpretada.

Trozos de huerta, barracas, lejanías de mar, jardines, serranías claras bajo el sol del Sur. He aquí los temas. Un formidable técnico al cual aconseja una trémula y vibrante inquietud de poeta: he aquí el artista.

Y así, cada lienzo construido sólidamente, basado en un naturalismo resistente á los más impecables análisis, desde aquel profundo conocimiento geológico que aconseja Ruskin hasta la fidelidad topográfica que el agrícola familiarizado por la convivencia del tiempo podría exigir, se realza, se magnifica la calidad y el propósito de esta pintura con un ímpetu estético extraordinario.

Sin suponerle bandera ni filiación sumisa, Esteve hace pensar en dos grandes paisajistas españoles: Beruete y Joaquín Mir. Bien distintos ambos, ¿verdad? Pues la diversidad que aleja á



«Estudio de niño», talla en madera de Juan B. Palacios

uno de otro, magnifica la diversa capacidad de este pintor valenciano que se coloca ante el cielo con sus pinceles y su corazón.

Lejos de sus cuadros nos subyuga todavía el recuerdo como el de horas inolvidables que vivimos en plena Naturaleza. Celistias puras, límpidas, de una gradación de matices casi imperceptibles; luminosidad desligada señorilmente de las iluminaciones efectistas; sentimiento hondo de los sitios sugeridores.

Y siempre la fácil, la acogedora maestría en el modo de hacer vibrar la luz, de elegir los momentos y los espacios; una maestría que no se ostenta vanidosa, sinoprolongación exacta del temperamento de Antonio Esteve: tímido, suave, de franciscana humildad, á pesar de que podría sentir el orgullo de lo que es sólidamente: un gran paisajista, en el instante actual de culminación de la pintura de paisajes en España.

(Durante la Exposición de Esteve, y entre sus paisajes, otro artista valenciano, el escultor Juan Bautista Palacios, intercaló varias tallas en madera.

Eran estatuillas de pocos centímetros de altura, pero de una simpática gallardía en el procedimiento. Dentro de una aparente finalidad limitada de bibelotes, cumplían más amplio propósito, porque estaban construídas como si de obras de gran tamaño se tratara.)

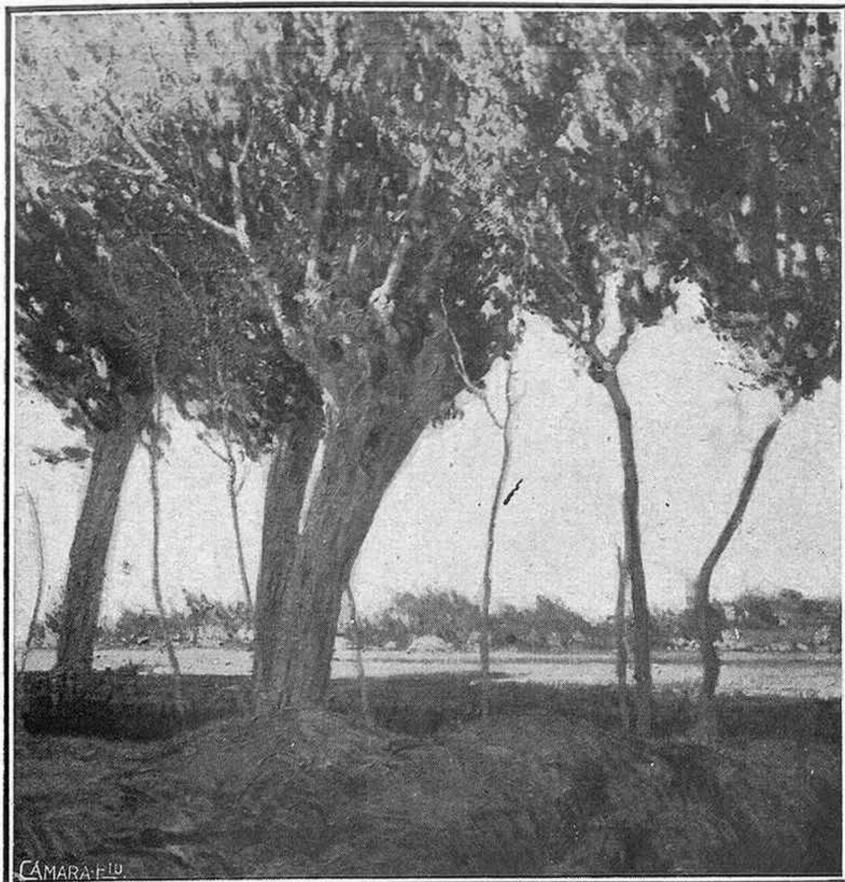
ooo

Sonia Delaunay ha transformado el «Salón Mateu» en una extraña fantasmagoría de luces, de colores y de formas rítmicas.

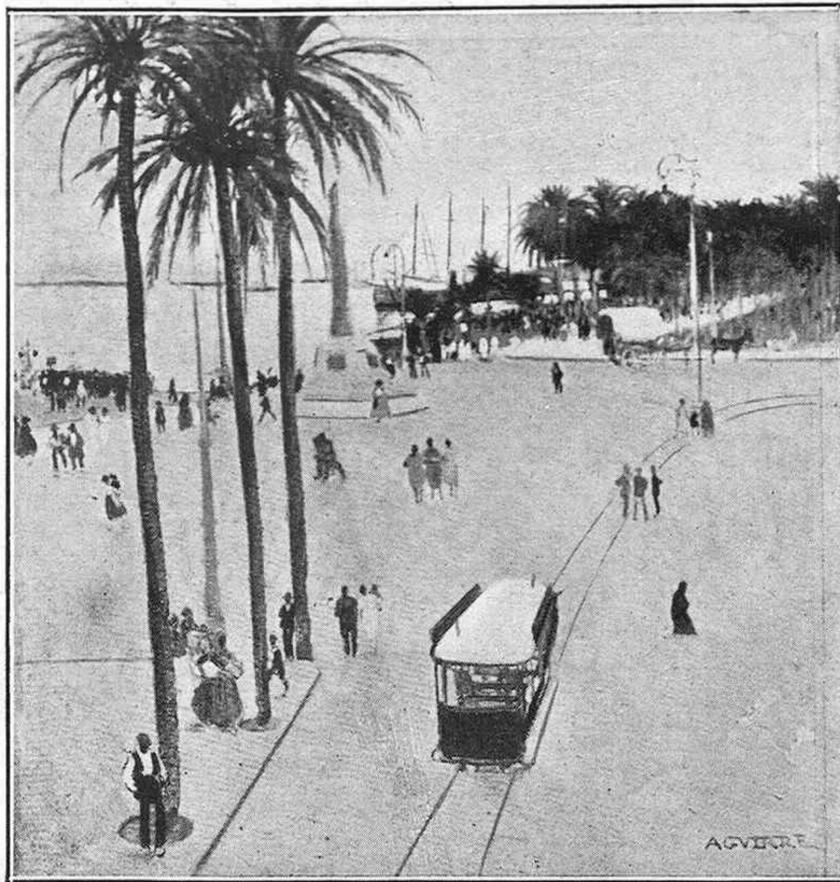
Sonia es la afirmación deliciosa de cómo el Arte debe de intervenir en nuestra vida cotidiana. Se entra á su Exposición como entraríamos á un cuento oriental ilustrado por un dibujante de Occidente.

La artista rusa, esposa de un admirable pintor francés, Roberto Delaunay, aparece en Madrid durante el período tumultuario de la guerra. Su paso empieza á notarse en las casas aristocráticas; en algunas tiendas aletargadas antes bajo los prejuicios de rancieros estilos. Se piensa en esas figuras del *Quatrocento* cuyas huellas florecen sobre los campos vernaes, y los reflejos límpidos de los pavimentos palaciales.

Da incluso á teatros y cabarets su oportuna frivolidad y su urente esplendor de bacanalía de



"Pa'saje valenciano", cuadro de Antonio Esteve



"Atardecer en Alicante", cuadro de Lorenzo Aguirre

los colores, de irrealidad deslumbradora que consiente los deleites olvidadizos.

Y rápidamente concreta su inspiración, sin limitarla ni especializarla. Su inquietud, removida por una cultura bien de su época, no se detiene en un solo aspecto de las artes suntuarias, de los bellos oficios ó de las modestas tareas sabrosas á gusto popular: tapices, muebles, porcelanas, trajes, almohadones, papeles pintados, objetos de tocador, y además la magia prisionera por ella de la luz: las mesitas chinescas, los biombos japoneses, las cortinas persas, luminosas, animadas de corazones eléctricos, misteriosos y rutilantes, que hacen más íntimos los interiores modernos.

ooo

Simultánea de esta Exposición, otra que hace quince años, por ejemplo, no se hubiera comprendido: la de los ceramistas Sebastián Aguado y María Luisa Villalba, su esposa.

Estos artistas tienen su taller en un sitio romántico y evocador de la vieja Toledo; van granando las rutilantes cosechas de barro artístico en el antiguo Palacio de la Cava, frente á la maravilla esbelta de San Juan de los Reyes, que en las noches de luna retrotrae en la ciudad del Tajo la visión de remotas épocas.

Producto del ambiente, de la investigación

lenta, segura y apasionada de sus tradiciones, los ceramistas Villalba y Aguado van creando su arte con una fuerte expresividad racial: son los motivos gayamente mudéjares; los áureos reflejos cuyo secreto parecían haberse llevado nuestros elogiados conquistadores: las elegancias claras del Renacimiento español...

Con la base de un experto conocimiento de su oficio, los esposos Aguado van renovando el concepto creador de su arte. Así, en la Exposición del Círculo de Bellas Artes, ahora—como en su instalación particular del Conjunto de Ceramistas hace un año, en el mismo sitio—encontramos en cierto modo capítulos de la historia de la cerámica en España, epilogados por la moderna colección de vasos esmaltados con arreglo á formas y coloraciones nuevas, y arbitrarios chorreones que les dan apariencias químicas de flora abisal.

ooo

En «Arte Moderno», después de Antonio Esteve, ha expuesto también otro paisajista levantino: Lorenzo Aguirre.

Más entrañablemente levantino tal vez. Porque da la visión de Alicante, con su luz cruda, su Mediterráneo densamente añilado, sus tierras rojas y sus palmeras que parecen suspirar de sed como las africanas.

Aguirre va al paisaje con el ansia de un liberto. Con la fe apasionada de un creyente. Y de este modo, sus paisajes le responden fieles y bellos.

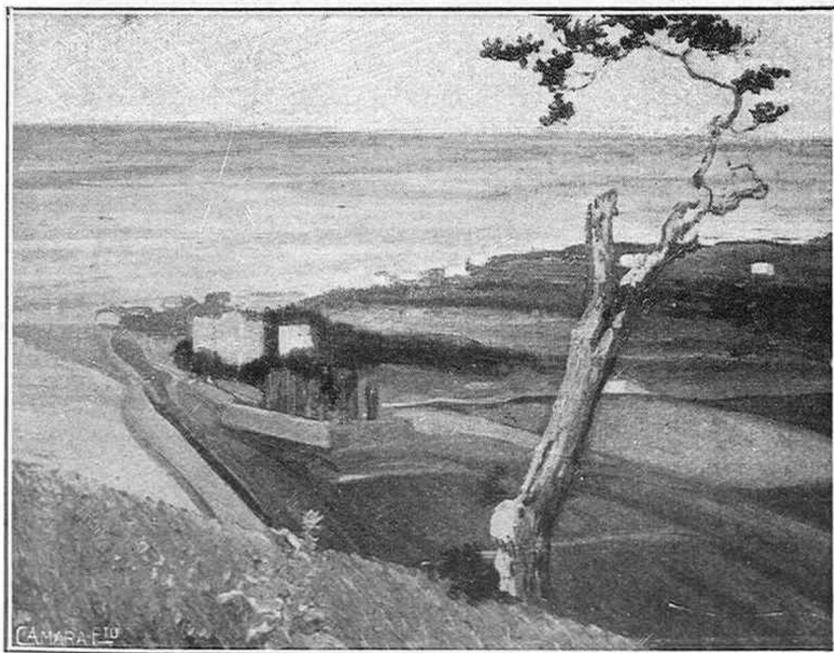
Lleva, además, la ventaja de su costumbre de dibujante para componerlos, para darles un carácter anecdótico que no suelen tener otros paisajes de otros paisajistas. Así, en esta espléndida colección presentada en «Arte Moderno», hay algunos como *El Puerto* (Alicante), *La Casa del Retor de Guadalest*, *La ermita del Calvario en Aspe*, *la Entrada de la Virgen*, que tienen la fuerza descriptiva de una crónica ó de un capítulo novelesco sintetizada en su plasticidad colorista.

Otros, como la *Calle del Sol*, en Altea, el escenográfico arco de un pueblo visto á la luz de la luna, y algunos momentos y lugares madrileños, son como poemas breves y amables.

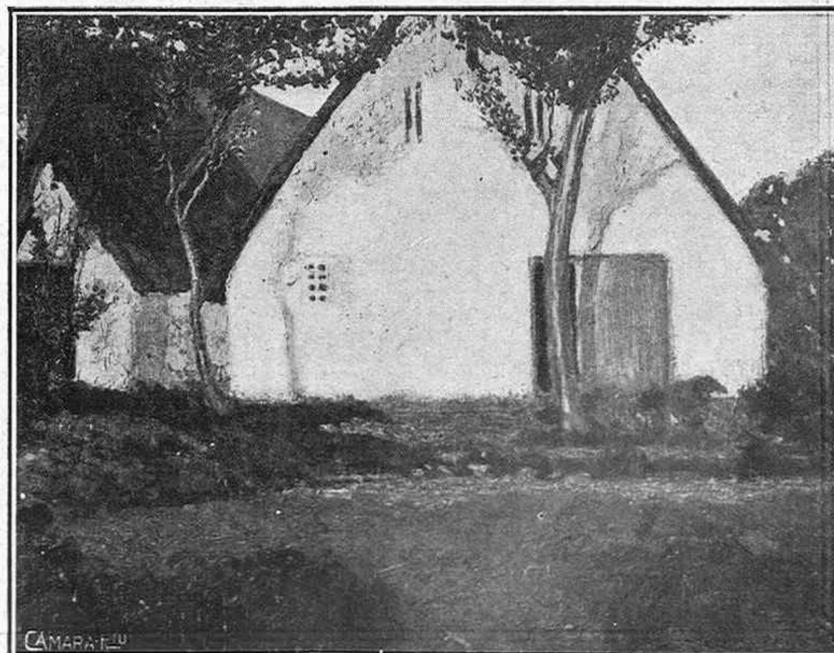
No se crea, sin embargo, que esta asociación de sensaciones á otras literarias despoja á los paisajes de Aguirre de su valor pictural.

Al contrario. Les da un relieve intelectual, sin quitarles su carácter intrínseco. Precisamente lo que más nos ha seducido en la nueva Exposición de Lorenzo Aguirre es ese áspero, viril, casi moruno levantimismo que tienen sus cuadros, fulgurantes de luz, concretos y terminantes.

SILVIO LAGO

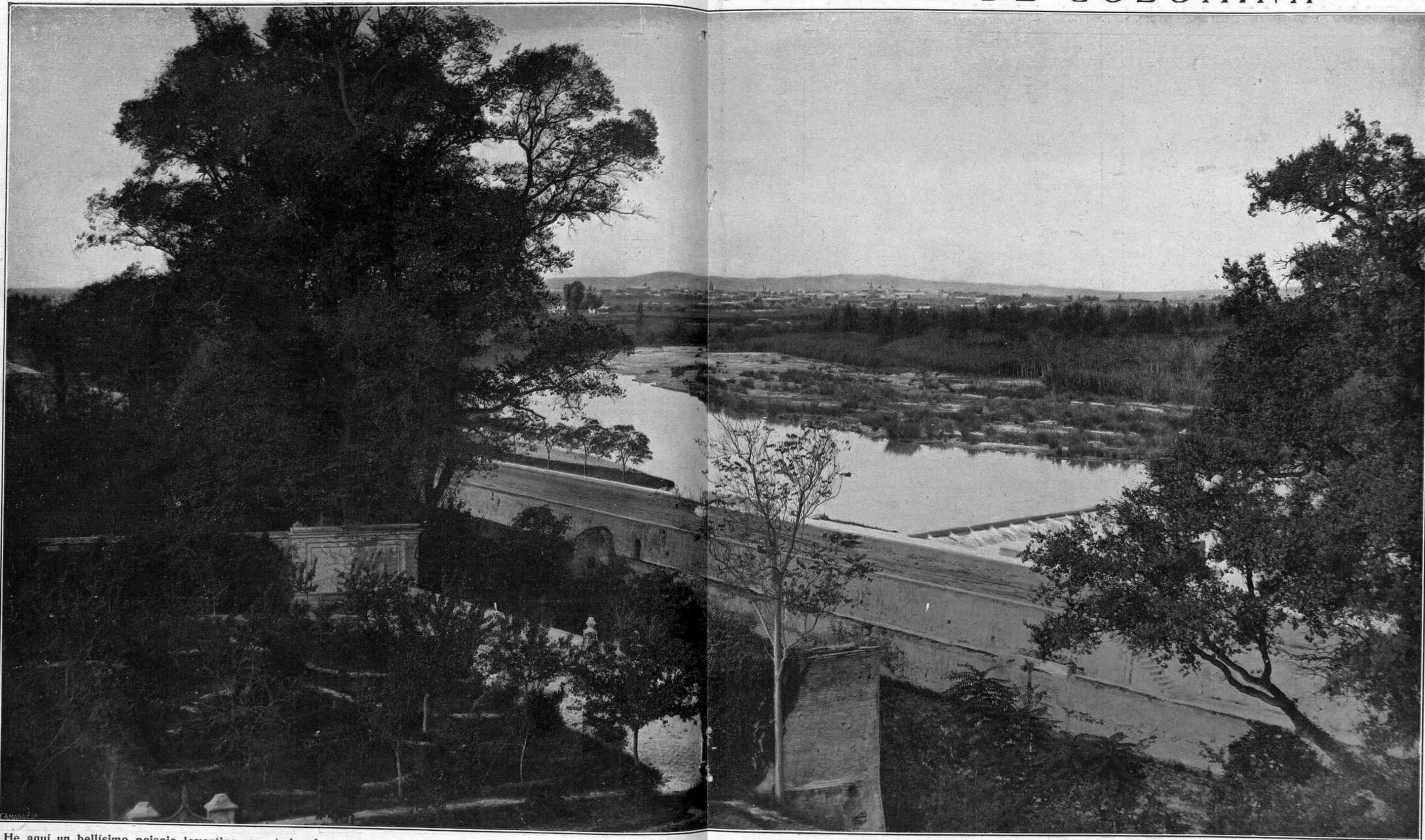


"Costa levantina", cuadro de Lorenzo Aguirre



"Barraca valenciana", cuadro de Antonio Esteve

BIBLIOTECA

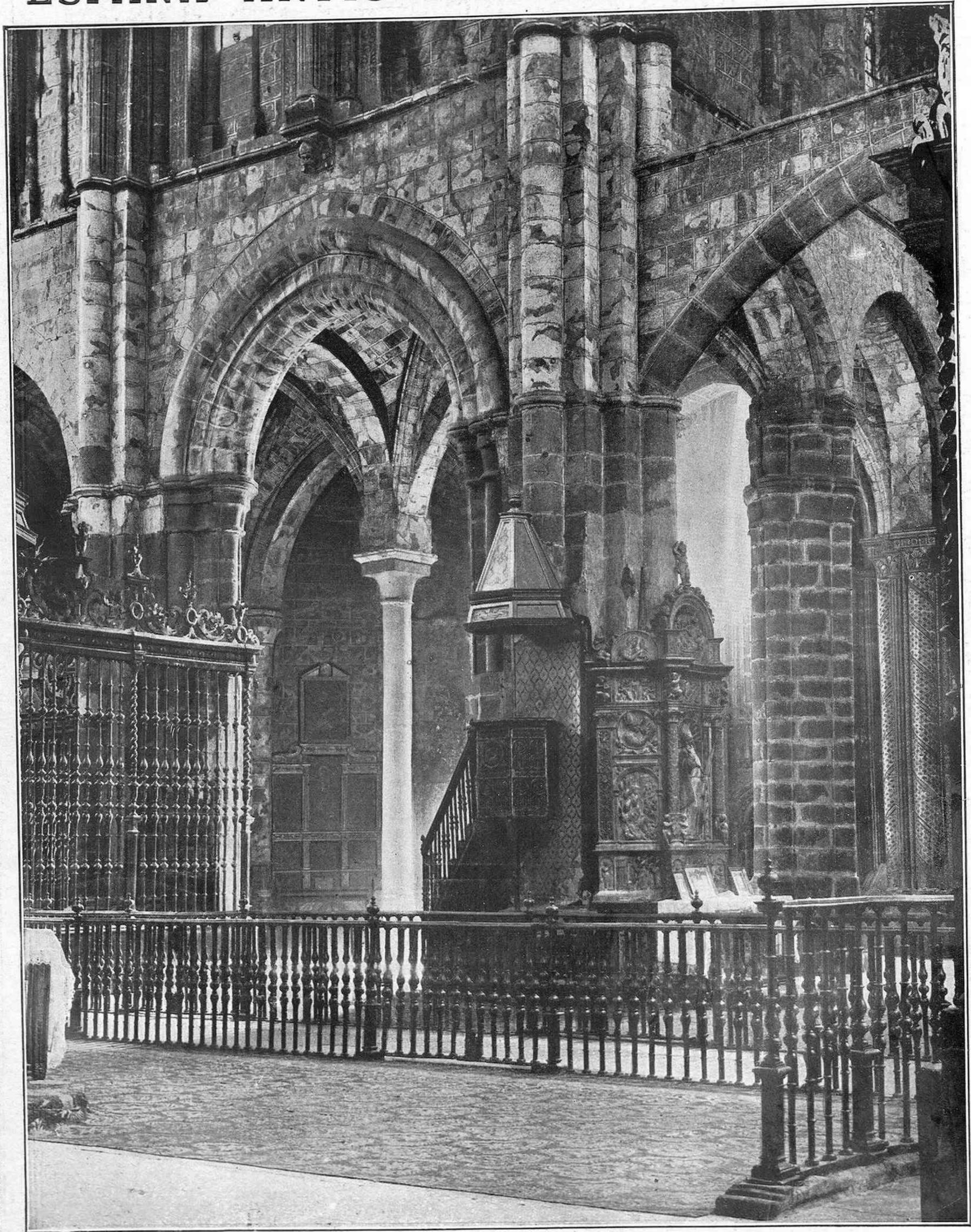


He aquí un bellissimo paisaje levantino, con todo el encanto de aquella privilegiada región, paisaje tomado desde la presa de Colomina, cuyas aguas corren y saltan para distribuirse por los floridos campos, que son el más rico ornato y el más legítimo orgullo de la hermosa región de Levante

Fot. García



ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL

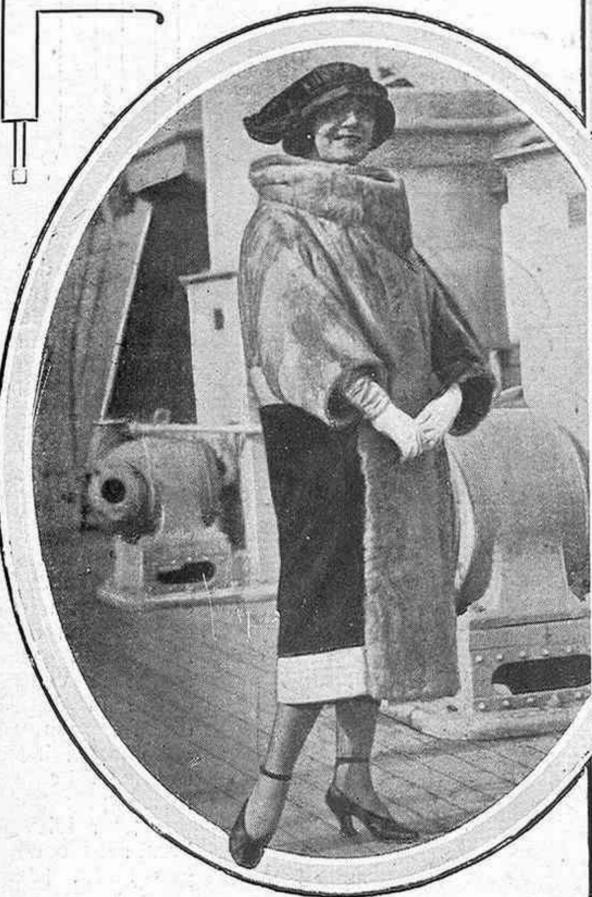


Interior de la Catedral de Avila

FOT. L. BEAUBÉ



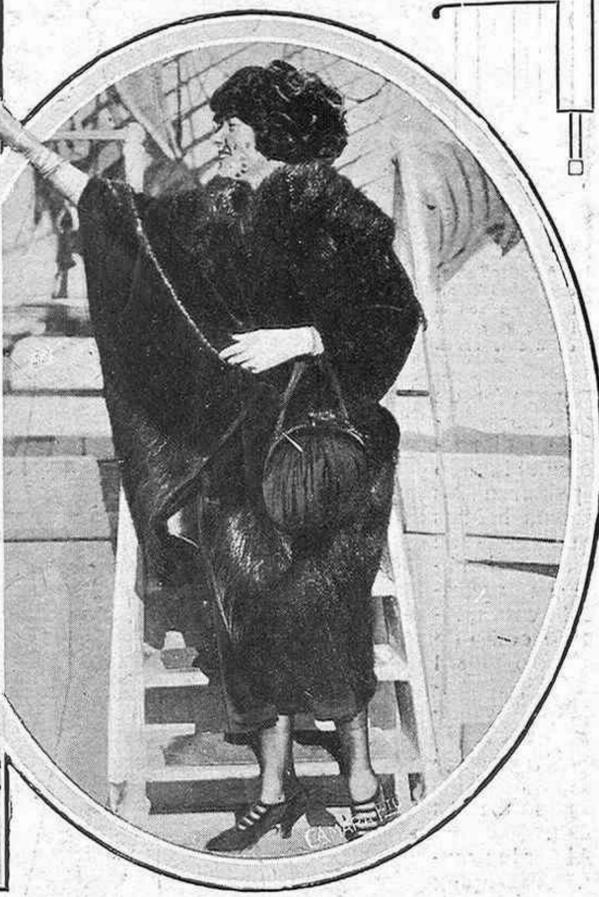
LA MODA FEMENINA



La bellísima Margarita Morris, artista del Zeigfeld-Varieté, luciendo un elegante abrigo de último modelo



Mme. Dorris Cameron, envuelta en una hermosa capa de piel de camello y sombrero del mismo material



Elisa Ferguson, con un abrigo de perro marino, adornado con castor, modelo novísimo

Dame Mode es artista; también es caprichosa; sus ideas, en ocasiones, son censurables; pero las más veces resultan encantadoras. Delira por las transiciones, por lo completamente opuesto. Diríase que teme habituarse á algo, pues no bien se encariña con cualquiera de sus usanzas, creadas con tanto afán, pasa complacida á otras del todo distintas.

El invierno anterior dispuso que sus devotas incondicionales enseñaran demasiado el busto, los hombros, la espalda, y que, además, aumentaran el volumen de las caderas, adoptando los *paniers*. La silueta se apartaba de la esbeltez. Ordenó también que los corpiños quedaran reducidos á la más mínima expresión... «Una sospecha de corpiño...»

Ahora, en cambio, decreta que esas entusiastas esclavas tengan algo, algo siquiera, de las nobles y pudorosas castellanas de lejanas épocas: corpiños altos, mangas ceñidas y hasta el puño, ó bien flotantes como las de las reinas merovingias. Se propone al mismo tiempo que las mayores preferencias se fijen en las modas medioevales, con detalles más remotos aún.

La figura afinada es lindo atractivo. Para tales hechuras imperan historiados cinturones, á manera de cadenas vistosas... y ruidosas, ó pareciendo inmensos collares, que llegan hasta el final del delantero de la falda.

Dame Mode se preocupa mucho del calzado; cada vez lo impone más lujoso; los zapatos de hoy aspiran á eclipsar los maravillosos de la propia Cenicienta. Unos, son de terciopelo ó de raso con argentados ó dorados adornos; otros, ostentan una lazada, hecha de pluma de avestruz, sujeta en rica hebilla de *strass*; para no pocos, exige que el tacón sea dorado ó plateado, cuando no de fulgente color amarillo topacio, ó verde esmeralda; y la cinta que, en calidad de galgas, sube hasta la rodilla, es de rigor



La conocida actriz francesa Delysia, con un elegante traje de cuero encarnado y adorno de piel

que iguale en matiz al de los tacones. Siguen además privando los zapatos de áureo tisú, de vistoso brocado, y además los de cuero *mordoré*, brillante ó mate.

Un verdadero derroche; tanto, que la misma hechura Carlos IX, y la Richelieu, parecen ahora vulgares comparadas con lo que actualmente priva.

Magnificencia por magnificencia: á tal calzado, tales medias; entre éstas las hay que son joyas, tanto por el bordado como por los encajes, pues algunas ostentan Malinas y Chantilly.

Bien pensado, no todo ha de ser censura, ya que estos costosísimos alardes y caprichos «tienen también su corazóncito», puesto que cuanto más lujo representan, más ganancia suponen para las admirables personas que sólo son ricas en laboriosidad, y viven del producto de su trabajo y de sus desvelos. Y todos contentos...

Parece que también lo están los originales de estas fotografías. Sonríen... Asimismo son animadas sus *toilettes*, que ellas saben llevar perfectamente.

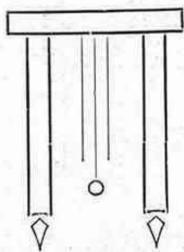
Por eso, á tan airoas presumidas no se les puede aplicar aquello que hace cinco siglos decía Miguel de Montaigne: «Hay mujeres en las cuales los lindos vestidos lloran.»

En estos retratos, nada ni nadie llora. Mujeres é indumento muéstranse satisfechos; ríen de verse triunfantes; no alardean de ciega obediencia á ciertas excentricidades de la moda. Acerca de ésta ya nos tiene advertido un escritor, de clara inteligencia y buen gusto, que «es la más absurda de las reinas, la más cruel de las diosas».

Estas figuras parece que quieren hablar y confiarnos cuán grato les sería conseguir que toda persona refinada dijese, de cada una de ellas, que es un buen «motivo» para los más lindos atavíos.

SALOMÉ NÚÑEZ Y TOPETE

EL "POR QUÉ"



A Javier Bueno, cuyo agudo espíritu aclaría con el irónico «por qué» de muchas cosas.

Después de chapuzarse el rostro en el lavabo y peinar las escasas hebras que apenas se insinuaban sobre su amarillenta calva, luciente como de sobado marfil antiguo, Rodríguez fué á buscar su camisa limpia, que estaba sobre las ropas de la cama.

Al ver la prenda, Rodríguez no pudo reprimir un gesto de contrariedad: la camisa no tenía prendidos los puños, ni éstos puestos los pasadores y gemelos.

—¡Por vida de la Escolástica! No aprenderá nunca la vieja esta á hacer las cosas... — refunfuñó Rodríguez.

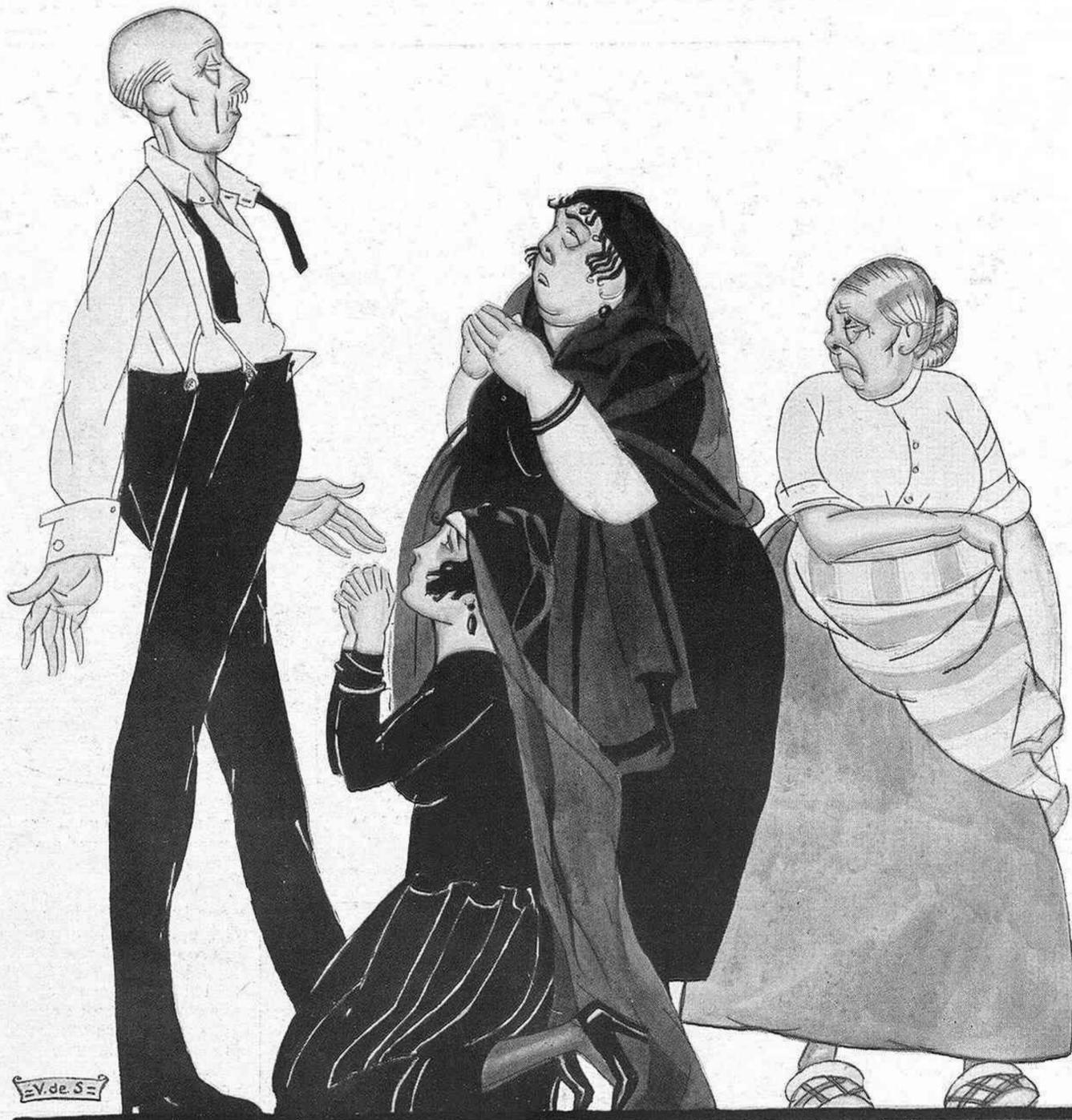
Y se entregó á la tarea de abotonar los puños, pequeña atención que le encomoraba grandemente.

Terminado que hubo, se vistió la camisa y fué ante el espejo del tocador á ponerse el cuello de brillo. Otra sombra de contrariedad volvió á nublar el rostro de Rodríguez, que tenía esa palidez ocre y enfermiza de los que están largamente clausurados en estancias sin sol. La criada le había preparado un cuello antiguo que le venía estrecho. Mientras, buscando otro, revolvía con sus largas manos, huesudas, en el cajón de la ropa blanca del armario de luna, Rodríguez no dejaba de mascullar palabras de disgusto.

Cada día le era más hostil la vida, más amarga y punzante la sensación de soledad que sentía en su casa. Revivía ahora en él la emoción de desamparo; la inquietud agria de sus tiempos de soltero, vividos en mezquinas casas de huéspedes, bajo la tutela negligente de patronas descuidadas y sin cordialidad.

Seis años de matrimonio le habían acostumbrado á las pequeñas comodidades de que la atención femenina nos rodea; siempre bien cepillado el traje, lustrosos los zapatos, á punto la camisa, perfumado el pañuelo... Resueltos, en fin, todos los mínimos problemas; allanados los diminutos obstáculos materiales; cuidados atendidos, molestias evitadas: humildes versos sueltos que van componiendo el poema de la felicidad conyugal...

Ahora, poniéndose la corbata, entregado á esa lucha, absurda, del hombre con un pedazo de tela que le servirá de dogal, sentía Rodríguez, más agudamente que nunca, la mordedura del recuerdo que le llenaba el alma de agridulce



—V. de S.—

melancolía. La corbata era su tormento, la prueba de su impotencia para todas las ocupaciones manuales. Jamás supo hacerse un lazo medianamente. De soltero, resolvía la dificultad usando lazos hechos, feos y rígidos corbatas de muelle. Pero, apenas casado, su mujer atendió á este detalle. ¡Qué lazos más airosos, llenos de coqueta gracia, hacían con sus corbatas las pulidas manos de Matilde! Desde que matrimoniaron, ella fué la encargada de anudar la corbata de Rodríguez, cuyos dedos, inhábiles, jamás pudieron sustituir á los de la fémica en el frívolo menester...

Pero desde hacía tres meses, Rodríguez estaba en una extraña situación. Ni soltero, ni casado, ni viudo.

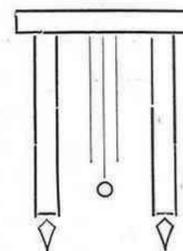
Su mujer, Matilde, que era bonita como un pecado de amor; que tenía unos ojos, negros y apasionados, de reina mora, y cuya boca era como una encendida rosa del jardín de Afrodita, había huído del domicilio conyugal.

Y he aquí por qué risible causa, Rodríguez, marido burlado, luchaba esta mañana con su corbata, ciñéndola á su cuello, congestionado y sudoroso, mientras las manecillas del reloj avanzaban, implacables, marcándole la hora de marchar á la oficina.

ooo

Había sonado momentos antes el timbre de la puerta del cuarto, y Escolástica, la vieja criada, apareció en el umbral de la alcoba, demudado el rostro, trémulas las manos.

—¿Quién llamaba, Escolástica?
—Una visita, señorito. No puede figurarse usted...



Pero, sin dejar concluir, irrumpió en la estancia una matrona gruesa y enlutada. Al verla, la interpeló Rodríguez, extrañado:

—¡Carola! ¿Cómo tu aquí, cuñada?

Era la hermana de su mujer, en efecto; una buena alma de Dios, á la que no había visto desde la fuga de su esposa, y que ahora, llorosa y suplicante, le imploraba:

—¡Por Dios, hombre! No digas nada. ¡Sé bueno!

—Pero, yo, ¿por qué?

Y, como respondiendo á su pregunta, penetró en la estancia otra mujer, su mujer, Matilde, que, también enlutada y llorosa, se arrojó, de rodillas, á los pies de Rodríguez, convulsionada, y prorrumpiendo en desgarradores sollozos.

—¡Perdónala, perdónala! —intercedía Carola—. Está arrepentida. ¡Bien ha pagado su locura! Esta mañana fué á verme... Quería matarse. No se atrevía á venir... ¡Perdónala! Ha sufrido tanto sin ti... ¡Qué Dios nos libre de una mala hora!...

—¡Perdón!, ¡perdón! —sollozaba, desconsolada, la esposa.

Rodríguez, aturdido, no sabía qué decir, qué hacer, en aquella situación dramática, que le sorprendía en mangas de camisa. Matilde, cada vez más deshecha en llanto, se arrastraba á sus pies, pugnando por abrazarle las rodillas. Carola tendía hacia él sus manos, en ademán de imploración.

La criada, en la puerta de la alcoba, le miraba con los ojos, pitarrosos, preñados de lágrimas...

Rodríguez, inconsciente, miró al reloj que tic-taqueaba sobre la mesilla de noche; en el espejo del armario se vió él mismo, pálido, á medio vestir, con el cuello desabrochado y las dos puntas de la corbata colgando sobre la pechera de la camisa...

Y de repente, como el que encuentra el motivo y la justificación de algo muy sabido, dijo á su mujer, con voz serena, sencillamente, como se lo había venido diciendo durante seis años de matrimonio:

—Anda, Matilde: hazme el lazo de la corbata, que es muy tarde. ¡Milagro será si hoy no llevo el último á la oficina!...

JULIÁN FERNÁNDEZ PIÑERO

DIBUJO DE VARELA DE SEIJAS

PÁGINAS ARTÍSTICAS



RAZA DORADA, dibujo original de Mezquita Almer

ATENEU DE
BIBLIOTECA
MADRID

MEZQUITA
ALMER

DE LA ESPAÑA
:: PINTORESCA ::



LA PENA



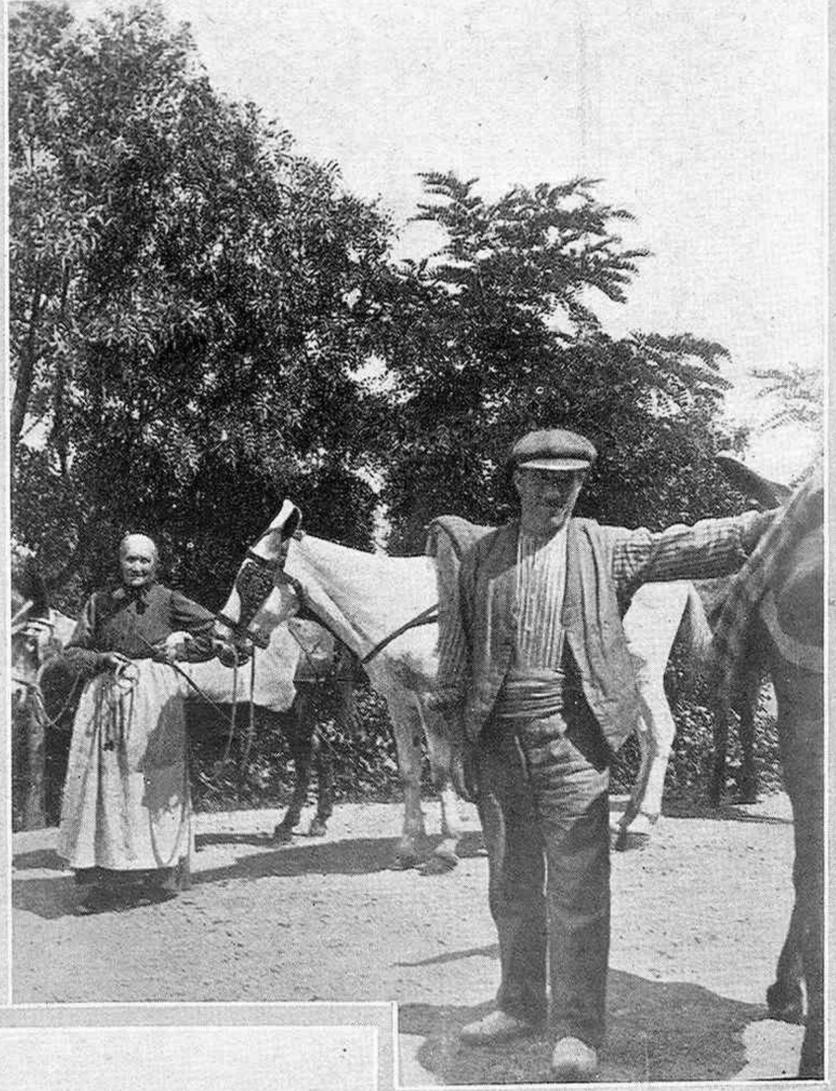
Casa forestal y aspecto de la carretera

EN la provincia de Tarragona y en los montes denominados de Poblet, frente al propio lugar, donde está situado el soberbio Monasterio cisterciense de Santa María, del propio nombre, hállase el lugar denominado La Pena, en una de las cimas más altas, de las varias que componen aquella hermosa cordillera.

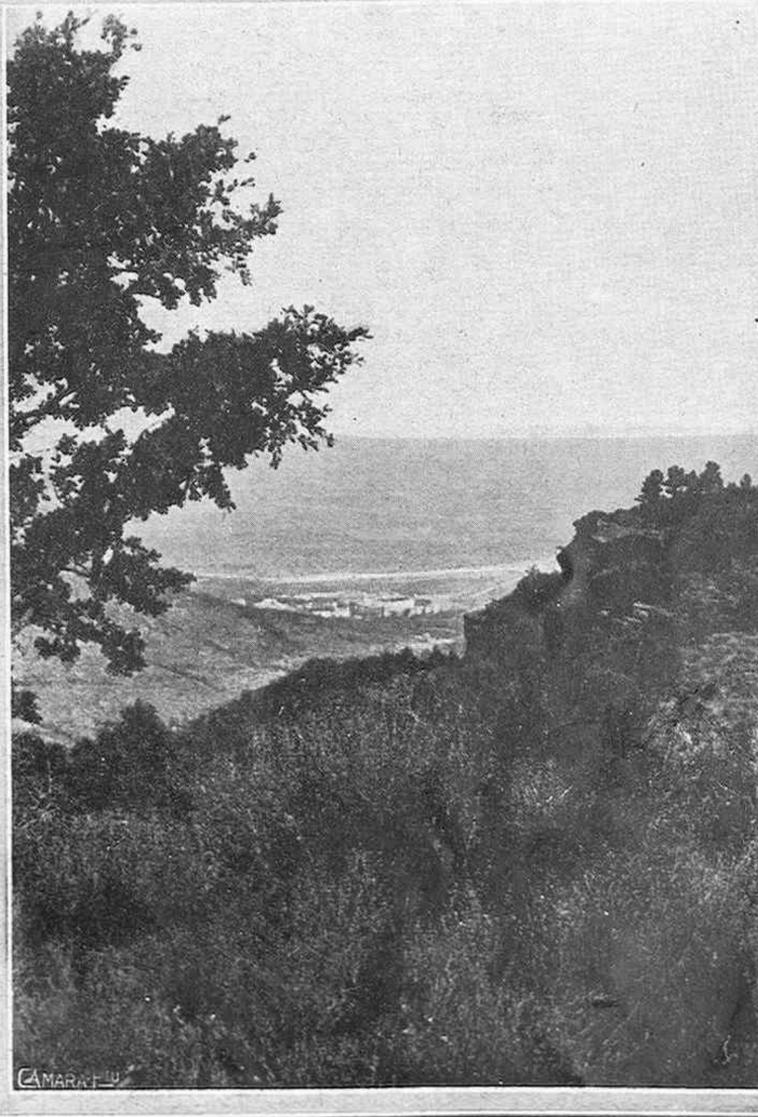
Alcanza su elevación, en el sitio donde se ha colocado la miranda, 1.051 metros. Este lugar, que es de una belleza incomparable, sorprende al excursionista, dada la frondosidad y espesura de sus bosques, donde encuéntrase á cada paso gigantescas encinas y corpulentos robles, así como también multitud de plantas aromáticas, entre otras el tomillo, retama, romero y espliego.

Estos preciosos lugares, donde no ha mucho abundaban las manadas de jabalíes y en cuyas encrespadas rocas anidaban multitud de águilas, hoy han pasado á ser lugares de recreo donde no existe el peligro y sí únicamente convidan al recogimiento y tranquilidad, dada la fecundidad de sus buenas y abundantes aguas.

Para la ascensión á tan respetable altura se ha construido una espléndida carretera que, sin exposición alguna, permite al turista efectuar el camino de la manera que más le acomode, pudiendo elegir desde el molesto burro hasta el cómodo automóvil, que con facilidad salvan tan notable pendiente. La



La subida á la cima de La Pena



Vista panorámica desde La Pena, á una altura que excede de 1.000 metros

excursión parte de las Masías de Esplugas de Francolí, empleándose en escalar la cuesta hasta llegar al mirador hora y media próximamente. La mayor parte de turistas utilizan el servicio asnal, desde luego el más económico y el que permite contemplar con más calma la variedad de panoramas y paisajes que presenta el terreno. Como dato curioso quiero hacer constar que una de las guías es una anciana de ochenta años, conocida por *la Sibida*, que durante todo el año sube diariamente por lo menos una vez, en calidad de guía, y en algunas ocasiones hasta dos veces. A pesar de la avanzada edad, se conserva fuerte como un roble.

Antes de llegar al mirador, y próximo á él, hállase un edificio de construcción moderna, rodeado de hermosos jardines, titulado Casa Forestal, propiedad del Estado, destinada una de sus dependencias á modesto Museo de Historia Natural, donde se conservan todos los animales que se cazan por aquellos lugares, así como también cuantos minerales son dignos de figurar en un Museo. La entrada es libre, solicitando permiso al guarda.

Más arriba, y sin abandonar la carretera, nos hallamos frente á la antigua fuente del Rey, hoy llamada del Deporte, y á una altura de 966 metros. A poca distancia, y casi á la misma altura, existe la Dels Boixets, más apreciada que aquella, á pesar de tener menor caudal de agua.



El Museo de Historia Natural de la Casa Forestal

Consérvase en esta última una piedra toscamente labrada, cuya parte inteligible dice: «Font del Boixet. Año 1754.» Además contiene un escudo. Abandonando la carretera y siguiendo por una vereda, salimos al mirador, cuya altura ya consigné antes. Todo lo descrito hasta el presente es lo que se denomina La Pena. El origen de este nombre muchos lo atribuyen á haber sido escogido dicho lugar por la Comunidad del Monasterio para cumplir los castigos que aquélla imponía á los delincuentes.

Lo que sí es cierto, que toda esta jurisdicción era una de las muchas propiedades que poseían los monjes, muy cercana al edificio monacal, en cuya propiedad había una granja con aquel nombre y que, próximo á ella, hizo vida penitenciaría Fray Pedro Marginet, en arrepentimiento á los crímenes cometidos.

Este venerable padre, que pertenecía á la Comunidad de Poblet, abandonó el hábito y trabó amistad con otro fraile de Montblanch, dedicándose ambos á todas clase de felonías. Arrepentido por tales actos, presentóse de nuevo al Monasterio, arrastrándose por el suelo y suplicando

perdón por sus malas obras. Fué encerrado, castigo que sufrió con resignación, amén de otras privaciones; siendo tal su conformidad, que el abad lo absolvió. No estando conforme tan santo varón con todas esas mortificaciones, determinó trasladarse á la cueva de La Pena, en cuyo recogimiento sólo se alimentaba con hierbas, y, además, dormía entre tablas.

Por la vida ejemplar que llevó y el aprecio que le profesaba la Comunidad, á su muerte, ocurrida en 26 de Marzo de 1435, fueron trasladados sus restos, en lugar del cementerio común de los monjes, á la capilla de San Salvador.

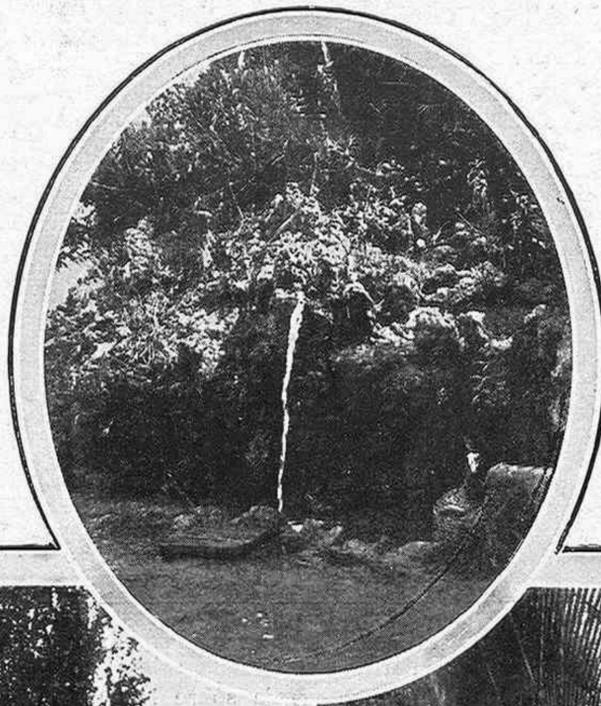
A tan santo varón, el cual murió en olor de santidad, se le atribuyen varios milagros.

Esto es, en líneas generales, lo que puede decirse en un trabajo de esta índole, que, más que crónica, debe titularse notas de un excursionista, que acompañadas de las fotografías que las ilustran permiten al lector formarse una idea de lo que en realidad es aquel pequeño paraíso denominado La Pena.

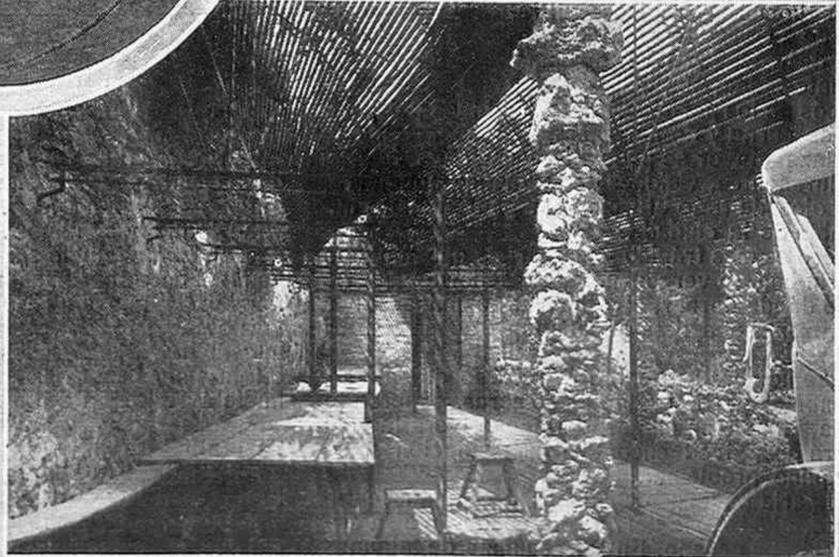
PEDRO CANO BARRANCO

Barcelona, Julio, 1922.

FOTS. DEL MISMO



Pintoresco paisaje de las cercanías de la Casa Forestal



Artístico pabellón construido para los turistas, en La Pena

La fuente del Rey, en La Pena, de abundantísimo caudal



::: HORAS :::
MADRILEÑAS



LA DE LOS SIN HOGAR

Los cafés han corrido sus persianas y han apagado sus luces...

El último tranvía ha cruzado raudo, esmerilados sus cristales por la llovizna y el vaho interior.

El público trasnochador de la salida de los teatros se ha retirado ya... Las calles están desiertas, desoladas bajo el fino hielo invernal...

Es la hora triste, la hora negra de la ciudad... La hora trágica de los parias y los sin hogar... La urbe muerta, extenuada por el cansancio del día, duerme, honda, entregada al reposo reparador.

Todo un mundo de dolor y de miseria puebla ahora las sombras, se agita en el silencio cobarde de la noche.

Es el momento desesperado del pobre, del bohemio, del mendigo que no tiene un techo que le cobije, ni un lecho que le aguarde, ni un rincón que pueda llamar suyo...

Está solo, terriblemente solo, el miserable que no tiene hogar... Mientras en las calles hubo un trajín de vida, mientras los transeúntes la llenaban y los establecimientos resplandecían de luces, aún tuvo el paria una esperanza en la carnalidad, en el amigo que pasa, en el alma piadosa que se condele.

Ahora, no; la ciudad está dormida, muda, desierta... Y el vagabundo se encuentra solo, tan solo como el caminante perdido en el bosque, tan desesperado como un peregrino aislado en la montaña... Así, como un inmenso bosque, como un desierto, es la noche en la gran ciudad egoísta y pecadora...

Siluetas astrosas, trágicas y lamentables, deambulan por las aceras al resplandor amarillento de los escasos faroles...

Arracimados, prestándose el mutuo calor de sus cuerpos, envueltos en trozos de periódicos, arrebujados en sus propias vestiduras, sobre los asientos de los paseos públicos duermen su sueño profundo de cansancio y de hambre cientos de desvalidos... Duermen en posturas inverosímiles, hacinados sobre los bancos, confundiendo sus cuerpos, mezclando sus harapos... Duermen hondamente, desplomados en absurdas posiciones, como bestias, tronchados en un reposo eterno...

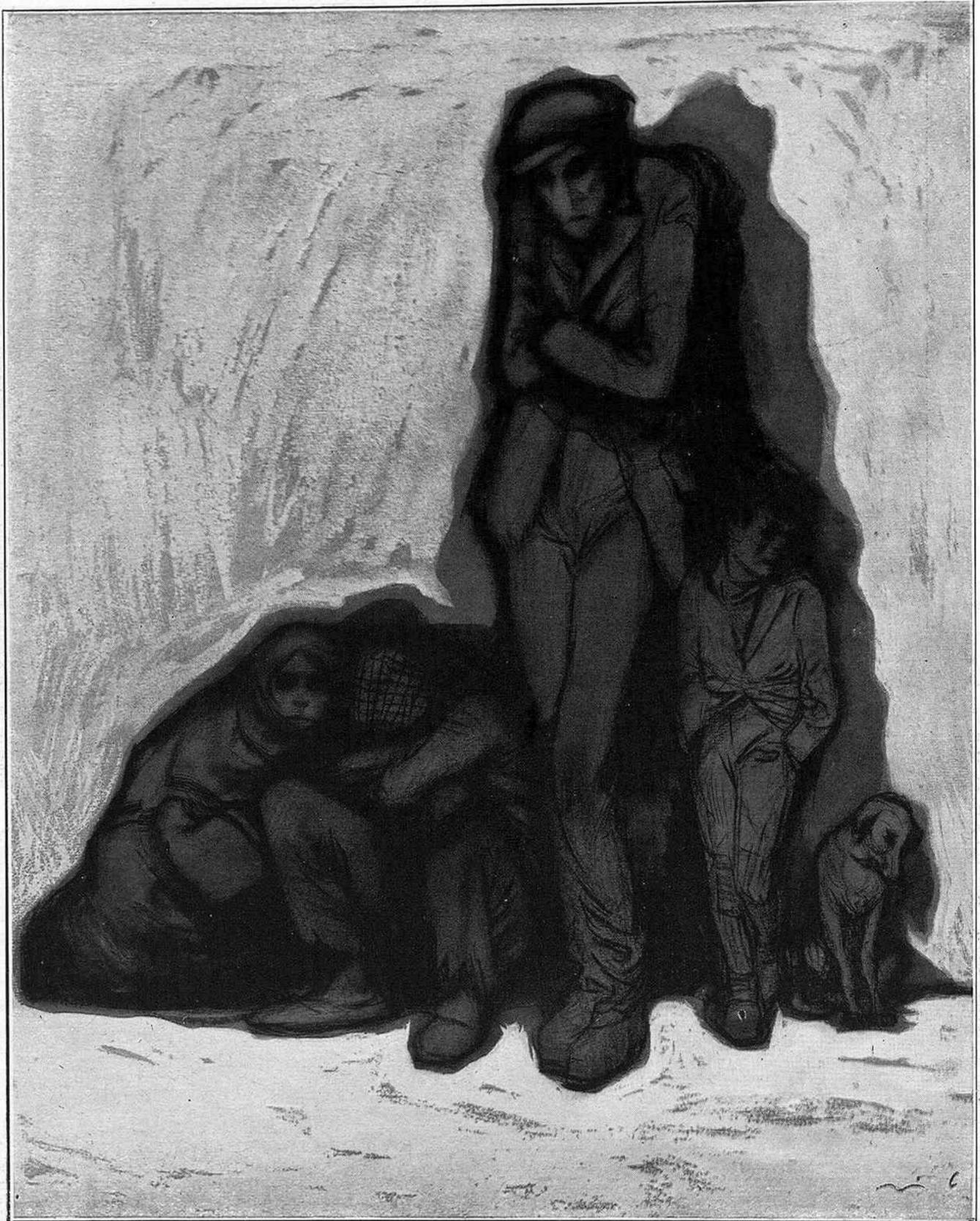
Ex hombres trágicos, piltrafas de la vida; hembras astrosas, destrozadas por la anemia y la maternidad, se tienden en los huecos de los portales, como montones palpitantes de carne y de harapos... Los soportales de la Plaza Mayor se pueblan de extrañas figuras de durmientes, visiones de fantástico aquelarre, despojos de todo el vicio y la podredumbre miserable de la ciudad...

Pero es más trágico y más triste que ninguno el «sin hogar» vergonzante, el «señorito» que no tiene dónde dormir; el oficinista expulsado por la patrona; el artista anónimo que no encuentra lecho...

Este hombre no tiene otro recurso que andar, deambular por la ciudad en sombras, esperando el día, la mañana piadosa en que volverá la vida y será más fácil encontrar una solución a su mezquino problema...

El paria pudoroso comienza a caminar lentamente, alejándose del centro, cuando ya la circulación ha cesado. En las esquinas de algunas callejas, el amor mercenario—escoria y pobreza—se les brinda engañado por su traza de hombre regularmente vestido...

De vez en cuando rompe las sombras el cua-



dro jalde de luz que arroja sobre la calle la puerta de cristales de un cafetín... Con envidia el paria mira hacia dentro. Ante largas mesas de mármol, unas docenas de desharrapados engullen café y buñuelos... Exhala de los vasos un vaho tenue y azulado... Algunos parroquianos descabezan el sueño sin inclinarse y otros apoyan la frente sobre las mesas... Al fondo de la tienda hay un gran resplandor de fragua. Es el horno cubierto por el gran perol, sobre el que unos hombres sudorosos y despechugados vierten la blancuzca masa moldeada... El ambiente huele a aceite y a ácido carbónico...

«¡Pero—piensa el paria—se debe estar tan bien allí dentro, al grato calor del rescoldo, confortando el estómago con aquel líquido turbio que es el «recuelo»!»

Pero como no tiene dinero, el paria sigue su camino. En cada portal ve el mismo grupo lamentable de mendigos yacentes; una mujer escuálida que da el pecho a un chiquitín que llora.

Pasa un coche por la calle desierta y hace temblar los cristales de todos los balcones...

La luz del farol del vigilante nocturno riela sobre el suelo humedecido, y es como una pupila guiñadora en la noche... En una esquina un mendigo ciego arranca de su violín una extraña y agria sinfonía...

De una torre caen sobre el silencio unas campanadas seguidas de un repique continuado...

El cielo va tomando un suave color de violeta. El aire, más frío y más fuerte, hace girar en el centro del arroyo un remolino de hojas y papeles rotos...

Suenan más cerca, más lejos, las voces de otras campanas. Al fondo de la calle se alza sobre los tejados una estria de luz pálida...

El paria se estremece de frío y se frota las manos ateridas. La ciudad empieza a desperezarse, y los gallos, clarines de la aurora, anuncian el día, el día piadoso y bueno en el que el miserable espera que al fin la suerte le redima...

EL CABALLERO AUDAZ

DIBUJO DE RIBAS

TRAGEDIA
:: ÍNTIMA ::  SOLILOQUIO DE UNA MUJER MODESTA 



Sentada junto á su cocina, é inclinada sobre la breve formación de sus pucheros y de sus cacerolas, una mujer modesta, dueña de una casa y alma de una familia, piensa y se dice á sí misma: — ...

S ENTADA junto á su cocina é inclinada sobre la breve formación de sus pucheros y de sus cacerolas, una mujer modesta, dueña de una casa y alma de una familia, piensa y se dice á sí misma:

—¡Dios mío, qué difícil es vivir!... Aquellos tiempos en que el casero se contentaba con diez duros, y un duro bastaba para la plaza, y un saco de carbón costaba diez reales, y unas medias suelas se pagaban con tres pesetas; aquellos tiempos en que de los cien duros del sueldo ahorrábamos treinta cada mes, para veranear desde primeros de Julio hasta últimos de Septiembre; aquellos tiempos, que son de ayer, de hace seis años nada más, ¡qué lejos, Dios mío, qué lejos están!... Aquello sí que era vivir... ¡Y nos quejábamos entonces de la suerte, porque no nos tocaba la Lotería de Navidad!... Hoy, los diez duros del casero se han convertido en treinta... Y el diario de la plaza viene corto con diez pesetas... Y el carbón cuesta tres veces más... Y ayer pagué por el arreglo de un par de botas quince pesetas... ¡Ahorrar!... ¿Quién piensa en ello?... A fin de mes falta siempre algo... Hay que pedir anticipado... Hay que empeñarse... La paga no se cobra entera jamás... Del veraneo, ni hablar... Los chicos mayores no se acuerdan ya de la playa, ni de la montaña, ni del campo, y los pequeños no imaginan siquiera lo que tales cosas son... ¡Dios mío, es imposible vivir!...

Luego de este lamento, que es como un *leit-motiv* al término de cada etapa de la re-

flexión, la mujer suspira. Sobre la plancha del fogón, un maligno espíritu del fuego levanta á medias la tapa de un puchero; de él se escapa un chorro de vapor, con trémolos de aliento fatigado, como un remedo, como una burla del suspiro que es *leit-motiv* de amargura en el pecho de la mujer... Y entre la tapa y el borde del puchero asoman los borbotones del hervor, en el que danzan las pobres cosas que el puchero cuece: unas patatas raquílicas; unos garbanzos malsanos; una piltrafa de carne; una corteza de jamón...

—¡Aquellos tiempos!...—vuelve á pensar la mujer—¡Aquellos tiempos del cocido con un cuarto de gallina, con chorizo riojano, con cecina montañesa, con tocino extremeño, con jamón asturiano!... ¡Aquellos tiempos en que la matanza colgaba del techo de la despensa, y las hiladas de frutas cubrían los estantes, y los sacos de alubias, de garbanzos, de lentejas, de arroz, formaban guardia de honor en torno de una barrica de buen vino!... Aquellos tiempos de la abundancia y de la baratura, ¡qué lejos quedan en el ayer que parece de mil años atrás!... Hoy,

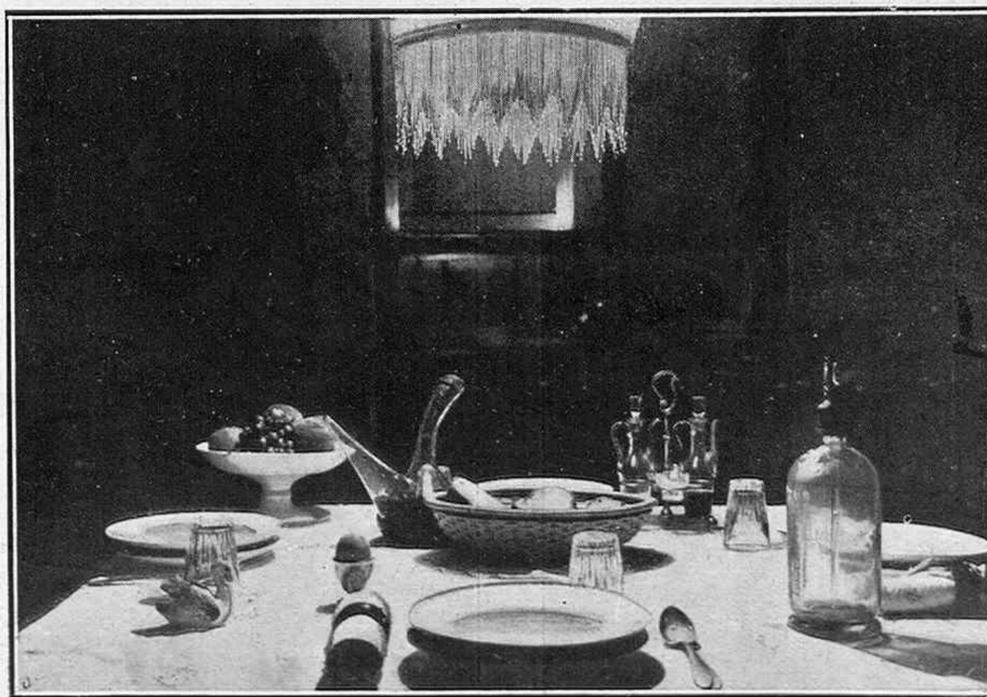
en cambio, la despensa vacía, y la angustia de todas las mañanas pensando en qué desperdicios del mercado podrán comprarse, con tan escaso dinero como son, ya, diez pesetas, y el problema de urdir, con tan endeble elementos, la breve intriga de una comida que, siendo cosa muy parecida á una farsa, pueda ser tomada casi en serio...

El vapor sacude las tapas de nuevo...

Los malignos espíritus del fuego parecen suspirar con largos, interminables, desalentos...

Vuelve al pecho y al espíritu de la mujer el *leit-motiv*: —¡Dios mío, no se puede vivir!...

Y sobre la mesa del pequeño comedor, el cubierto ya dispuesto aguarda, como la decoración de un escenario, la llegada de los actores que han de representar la tragedia de la miseria vergonzante en el tinglado de la vida moderna...

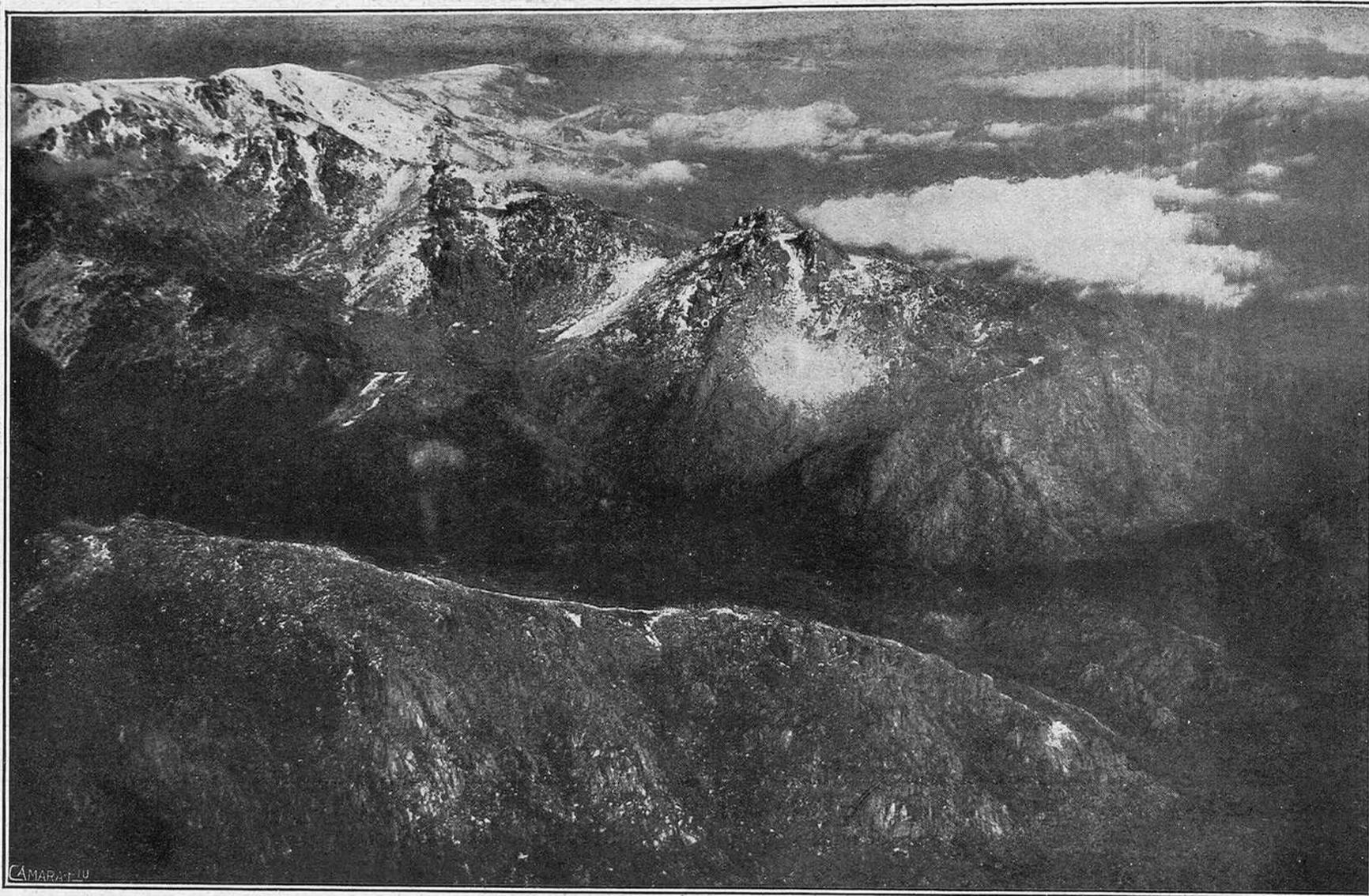


Y sobre la mesa del pequeño comedor, el cubierto aguarda, como la decoración de un escenario, la llegada de los actores que han de representar la tragedia de la miseria vergonzante en el tinglado de la vida moderna...

ANTONIO G. DE LINARES

MADRID
MAY 1906

PASEOS AEREOS
SOBRE EL GUADARRAMA



Cumbre de la Najarra y Pedrizas, anterior y posterior

De Havilland es un piloto extraordinario. Rubio, coloradote como un chicón robusto y bien cuidado, la salud se desborda de su cuerpo. Le sobra vida. Esto le hace optimista, y el optimismo ahuyenta á la Desgracia.

Así realiza empresas, que en otros harían época en su vida, y él, en cambio, no las concede ninguna importancia.

Tiene su aeroplano, como otros tienen su caballo.

Un buen día, desayuna en Madrid, almuerza en Sevilla y regresa á la Corte á la hora del té.

Otra vez hace lo mismo, yendo á Barcelona.

Marcha á Tetuán, en su aparato, y á los dos días reaparece en Cuatro Vientos.

Otra mañana, le vemos prepararse.

—¿A dónde va usted?—le preguntamos.

—A Londres—nos contesta, con la misma tranquilidad que si se tratase de un sencillo vuelo de Aerodromo.

Pocos días después, un avión viene imitando el vuelo del vencejo, baja á ras de tierra, se remonta, se inclina... No cabe duda, es Havilland que regresa de Londres.

Salta á tierra, tiende, con sus verdes pupilas, una mirada vaga por el Aerodromo, descarga su pipa, golpeándola con el contrafuerte de su bota,

la vuelve á cargar, fuma, se toma en el bar una copa del buen vino español, y desaparece sin que nadie se entere.

ooo

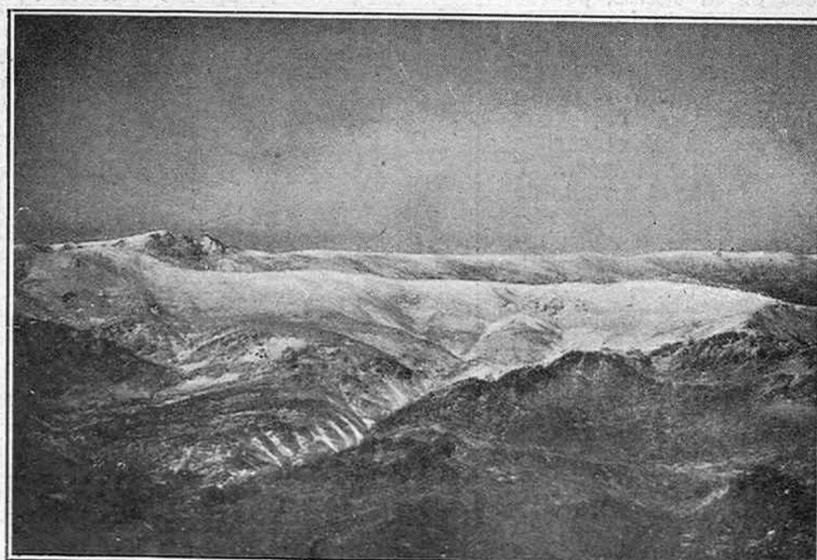
El día está claro y frío, con esa característica limpidez y brutal frialdad de la estepa castellana.

Dos días antes ha caído una gran nevada y el Guadarrama está maravilloso de blancura. De Getafe llega un mensajero aéreo que me trae el anuncio de que Havilland vendrá á buscarme para ir á la Sierra en su «Bristol». Media hora más tarde el rubicundo piloto se presenta.

Ocupamos nuestros puestos. El caballo con



Mar de nubes rompiendo en las crestas del Guadarrama



Cumbres de Peñalara y la Cuerda Larga

BIENHECHOS
BIBLIOTECA
MUSEO
MADRID

alas relincha poderoso y nos lleva á los aires, orgulloso de que manos tan diestras lo guíen.

Nos remontamos, no tanto como fuera mi deseo, y atravesamos El Pardo, inhóspito, donde pido á Dios que nos libre de caer, como de caer en pecado mortal.

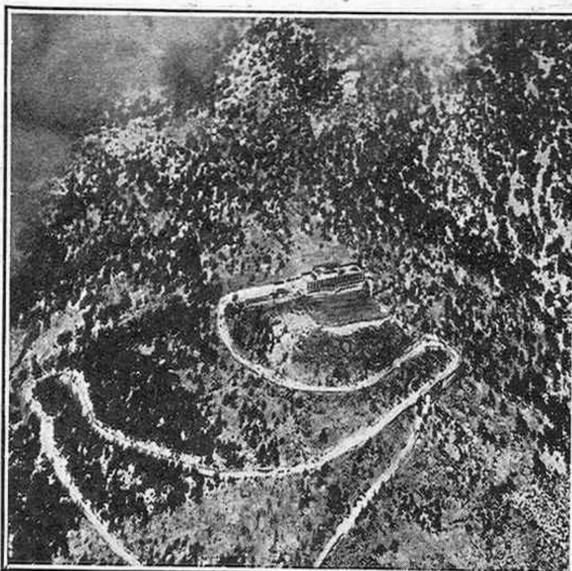
Avanzamos, siempre subiendo, y á la par que nosotros parecen elevarse también las cumbres que nos cierran el horizonte. Es un fenómeno que se observa constantemente al ascender frente á grandes masas montañosas. Es una modalidad de las grandezas, sean hombres ó montes. Suben, suben, á medida que nosotros nos elevamos. Parece imposible llegar á dominarlas.

Al irnos aproximando á las cumbres del Guadarrama, la feroz Maliciosa parece adelantarse amenazadora, alargando sus enormes tentáculos que se apoyan en el valle de Cerceda. Sus terribles aristas rocosas se acercan agresivas, imponentes; las Pedrizas levantan sus lanzas de granito, con ansias guerreras. La duda de si lograremos dominarlas nos atormenta; pero bien pronto vemos las orgullosas crestas pasar bajo las alas, y entonces parece que se abaten, vencidas y humilladas, reconociendo nuestra superioridad.

La sensación de triunfo sobre la montaña es de una intensidad á nada comparable.

La Sierra, como mujer rendida, se deja contemplar ofreciendo la plena belleza de su cuerpo, y es un placer indefinible pasear la mirada de dominador sobre todos los encantos, dulces ó terribles, de la vencida. Ver las crestas nevadas flotar sobre los hondos y medrosos barrancos; contemplar en las cimas las altivas rocas que no toleran la blanca vestidura de la nieve y se adornan con penachos de nieblas.

Mentalmente, vamos señalando lugares conocidos y descubriendo muchos otros ignorados. La limpidez de la atmósfera nos permite distinguir claramente toda la estructura de la Sierra por su parte meridional. Al Norte un inmenso mar de nubes cubre toda la llanura. Un mar prodigioso que flota, dejando ver su fondo: el llano, iluminado con una misteriosa claridad. Un mar de espumas vaporosas, con tenues sombras trans-



El Sanatorio del Guadarrama

parentes de una exquisita suavidad, que vierte sobre los montes, sin tocar las laderas, en fantásticas olas que quedan suspendidas flotando en el vacío.

Allá, muy lejos, el blanco del fulido Océano se funde con el azul del cielo y da la sensación de un mar visto del revés.

Largo tiempo gozamos del espléndido espectáculo brillante de luz, de sol y blancura de nieve. Con pena lo abandonamos, poniendo proa al Aerodromo.

Hemos sufrido, sin darnos cuenta de ello, el azote helado del viento de la hélice; pero cuando ya el paisaje no nos interesa, por hartos conocido, yo me refugio detrás del parabrisas, aislándome del frío ambiente, que por relatividad hace comfortable mi albergue.

Arrullado por el ruido del motor, dejo vagar

mi pensamiento, que me trae ideas vanidosas. Estoy muy alto, muy alto. A mis pies he visto los montes humillados. Si lograra una pareja altura mental, ¿cómo vería los grandes hombres, las obras cumbres de la Historia? Los vería, como he visto los montes proyectados sobre la llanura, aplastados, empuñados, proyectándose sobre el estado llano de la Humanidad. Percibiría su grandeza, más que por la luz que los iluminara, por las sombras que arrojase sobre otros hombres y otras obras de más bajo nivel... Gozaría la visión estelar de las ideas...

Disminuyó repentinamente el ruido del motor, y esto me hizo salir de mis ensueños de vanidad.

Havilland había cortado gases, descendiendo sobre la Sierra de Torrelodones, tanto ó más inhóspita que El Pardo, hasta llegar á unos cincuenta metros del terreno. Habíale llamado la atención un puentecillo, y sobre él dió dos vueltas para enterarse bien, continuando el viaje ya á unos cuarenta metros del terreno. Entonces me fijé en el piloto y sentí el contagio de la alegría que este aviador tiene mientras vuela. Ibamos á ras de tierra, espantando los gorriones de los tejados de Pozuelo, las gallinas de los corrales de Aravaca, y ya en el Aerodromo, imitando el rápido y gracioso vuelo de las golondrinas, hizo dos jeribeques sobre los hangares, y aterrizamos.

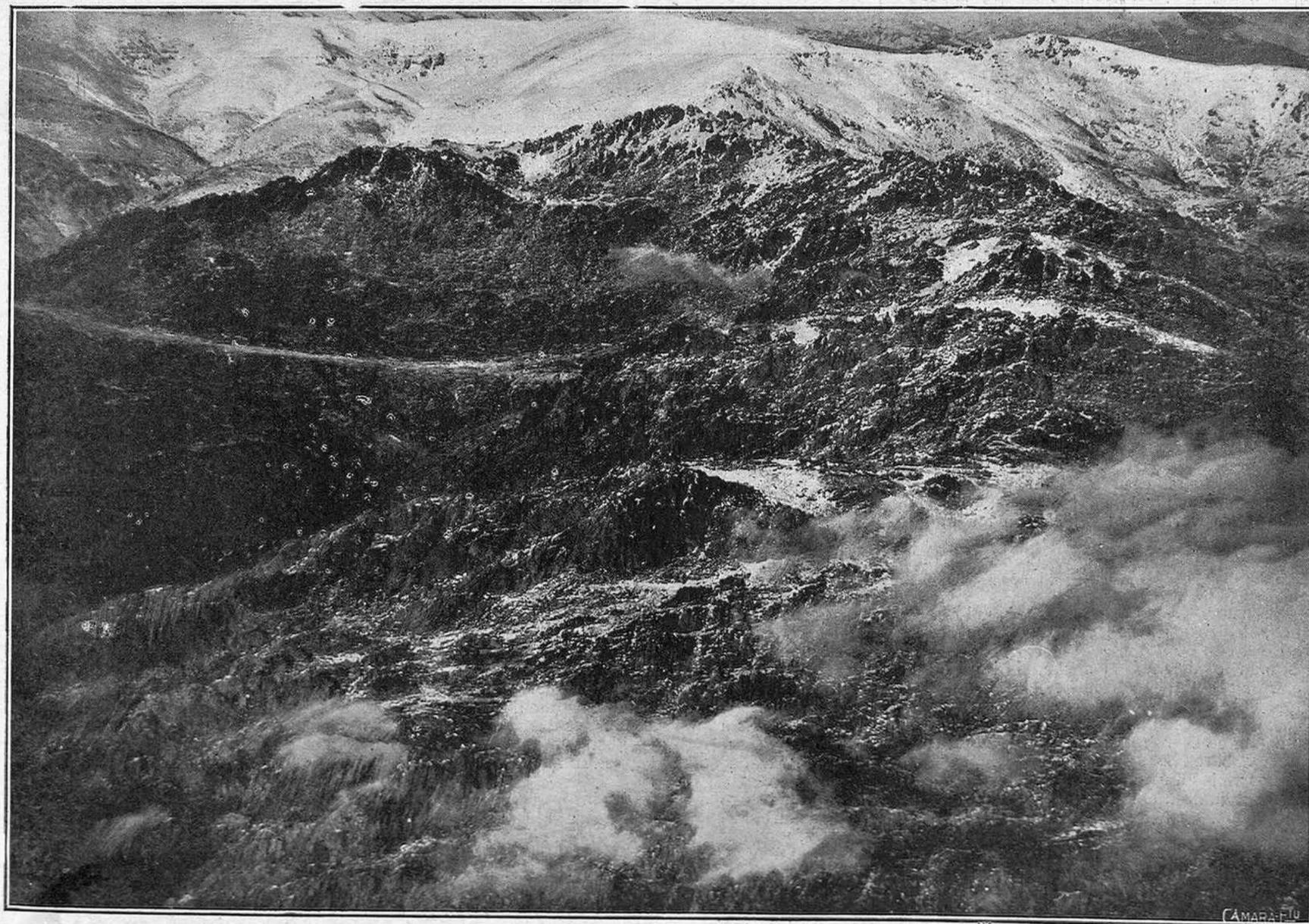
Descendimos del «Bristol». Havilland sacó su pipa, que descargó sacudiéndola en el contrafuerte de su bota, y dió unas chupadas; en el bar, apuramos unas copas del buen vino español, y regresamos á Madrid.

Durante el camino, sus verdes pupilas vagaban por el amplio paisaje castellano; pero una vez las sorprendí fijas en la lejana montaña que cierra el horizonte. Rememoraba, sin duda, el magnífico espectáculo que acabábamos de ver.

También yo contemplaba fijamente el Guadarrama, recordando á la vez mis locos sueños de vanidad.

Ya en este bajo nivel, en mi nivel, la montaña había recobrado su grandeza; los hombres-ge-nios, su verdadero valor.

L. ALONSO



Paisaje de las Pedrizas del Manzanares, vistas de frente, á 2.700 metros de altura

FOTS. ALONSO



CAMARAFU

EN CLAUSURA

EN la principal calle del pueblo, contrastando con la alegría de los edificios nuevos, destacábase la obscura mole de la casona hidalga, con su portalón alumbrado por un farol de aceite y su puerta de gruesos remaches de hierro y aldabones inmensos figurando garras. Era el palacio de los Ramírez Tinoco, adonde acudía por la noche toda la gente distinguida de la ciudad, con adulación propicia á escuchar la monótona conversación de doña Eloísa ó á cortejar á alguna de sus hijas, en verdad muy apetecibles y lindas.

Doña Eloísa tenía un empaque altanero que desagradaba francamente. En las veladas hacía recaer casi siempre la conversación acerca de sus escudos nobiliarios que, roídos por la polilla y patinados por el polvo de muchos años, poblaban las paredes en un abigarramiento de castillos, leones, brazos sosteniendo un puñal y cabezas de moros sobre campos verdes, azules, rojos. Toda una heráldica farandulera y artificiosa, traída allí por el pincel de pintores poco escrupulosos, que por unas pesetas propalaban de esta manera la gloria de los Ramírez Tinoco. Cuando el tema heráldico languidecía, doña Eloísa hablaba de sus olivares, de sus miles de fanegas de aceituna, y los contertulios se hacían lenguas de la buena calidad de sus aceites. Su figura angulosa y rígida, recortándose sobre el fondo rojo del hogar repleto de troncos de encina ardiendo en alegre fogata, tenía las líneas duras de un aguafuerte hecha por la mano de un artista de agudo trazo y amarga intención.

El primogénito de la casa había muerto de una pulmonía, contraída al regresar de una visita hecha al mayor de los cortijos. Fué una muerte vulgar, indigna de aquel señor que, ataviado con el hábito de los Caballeros de Ronda, paseó dentro de un severo ataúd por las calles de la ciudad su pompa y sus vanidades, antes de hacer presente de ellas á los gusanos.

Las dos hijas de doña Eloísa, llamábanse Natividad y Felisa. Nati era morena, de anchos ojos negros, verdadera arma de combate. Sólo los ojos atraían en ella. Lo demás del rostro, retocado y lleno siempre de afeites, carecía de relieve. La boca era grande, contraída por una mueca que pugnaba por ser sonrisa. Inteligente, cínica, Nati sabía sacar partido á sus ojos, y siempre tenía á su alrededor una corte de amor en las veladas largas, interminables, de la casona. Felisa también era morena y, como su hermana mayor, tenía unos atractivos ojos negros, pero de toda ella se desprendía un aire plebeyo y necio que le restaba simpatías. Podía juzgárela como una Nati desteñida y en rústica.

Las dos hermanas eran coquetas y crueles. No hubo pretendiente que no se ufanasen de haber obtenido concesiones, pero ninguno pudo sacar á aquellas mujeres á la reja. Pródigas en apretones de manos, en miradas sostenidas tiernamente, en suspiros prometedores, jamás ofrecían nada serio, fuera del intencionado *flirt*. Llenas de un desmedido orgullo, incapaces de sentir nada tierno ni hondo, despreciaban hoy lo que aceptaron ayer, buscando con avidez las lisonjas que halagaran su egoísmo. Jugando con el corazón de los hombres, mujeres de una crueldad refinada, tenían esa maldad de las chiquillas que pinchan una pluma en la cabeza á los jilgueros, para verlos volar altos y caer luego muertos.

Alguna vez cierta amiga se atrevió á decirles:

—¿Y cuándo pasen los años y querráis casaros?

Ellas respondían:

—Por amor, no nos casaremos. Cuando queramos, elegiremos el muñeco que más nos guste, para jugar con él.

Pasaban los días... Una noche, Nati y Felisa se extrañaron de que á la tertulia acudieran menos amigos. Se miraron al espejo y se vieron un poco viejas, con menos brillo en los ojos. Mentalmente echaron un recuento á sus pretendientes. Casi todos se habían casado: quedaban sólo unos viejos á quienes la lujuria senil hacía estremecer junto á ellas, y unos jóvenes arruinados, viciosos, en acecho de la dote... Los labios de Nati, llenos de carmín, temblaron aquella vez, y por el escote de Felisa corrió un calor, ante el abandono.

Cada noche desertaban más contertulios. Al cabo, una de ellas, ninguno acudió. Estaban encendidas las arañas del salón, y nadie llegaba. Un silencio inquietador las llenaba de miedo. La madre, enferma desde hacía algún tiempo, se



quejaba del dolor de sus piernas, y, como tirada en un butacón de cuero, esperaba.

—Hijas mías: ¿Nadie viene?

—No, mamá—contestó Nati, cuyos ojos fulguraban de ira—. Huyen todos.

Callaban las tres mujeres, sin atreverse á decir lo que pensaban. Era el pueblo que se vengaba de ellas, de su orgullo, de su frivolidad, de su egoísmo, y las abandonaba en el caserón hostil, que fué como un reto y que ahora se derrumbaba bajo su pesadumbre.

Fué entonces cuando Felisa, loca de ira y de soberbia, decidió irse al Convento de las Carmelitas. Los pretendientes habían huído, pero la Comunidad estaba allí aguardándola para hacerla pronto su abadesa. Aún podía tener aduladores que alabasen sus gracias. Sería una adulación que pagase con su dinero, que le serviría para que le hicieran zalemas, desde el capellán, hasta las pobres legas, que besarían la orla de sus hábitos. Además, por poco dinero se aseguraba la bienaventuranza futura. Felisa, cuya coquetería con los hombres estaba agotada, llevaba sus andanzas á la misma Corte celestial.

—No te vayas, Felisa—gemía la madre, á quien una parálisis parcial postraba en el sillón de cuero.

Pero la hija egoísta, la mujer incapaz de amar ni á su madre, la coqueta derrotada, fué sorda á su gemir, y una tarde, por sorpresa, sin dar un beso ni á su madre ni á su hermana, se entró en las Carmelitas. Las macizas puertas se cerraron tras ella para siempre. El órgano preludió unas notas llenas de monotonía, y las gangosás voces de las monjas entonaron unos salmos en latín bárbaro.

Natividad sintió al irse su hermana á la clau-

sura un miedo que la sobrecogió, haciéndola llorar, no de dolor, pero sí de un despecho sin consuelo. Su clausura sí que iba á ser una clausura triste. No se sentía con fuerzas para dejar también á la madre, que acaso entonces la desheredase, haciendo pasar los bienes á alguna vieja criada. La aguardaban horas muy tristes, á solas con la parálisis en el inmenso caserón. Los amigos no volverían. La piedad del pueblo sería sorda á su clamor.

Llegaron los días amargos del invierno, las interminables noches, cerca de la madre, cada vez más quejumbrosa. Vino al fin el Carnaval, con sus risas y sus luces. Doña Eloísa hizo un sobrehumano esfuerzo, que secundó Nati, y anunciaron un baile de trajes. Se remozó el salón, hicieron preparativos, circularon invitaciones.

Llegó la noche del baile. Nati se había puesto un traje de *pierrette* rosa, y procuró dar vida á sus ojos, ya marchitos; pero los invitados, sin duda puestos de acuerdo, no acudían. Nati se miró en un espejo y se encontró muy pálida. Apoyada la frente en los cristales de un balcón, se puso á mirar la calle, animada por la algarabía de las máscaras. De pronto sintió un grito agudo, de agonía. Corrió hacia su madre. La parálisis, con los ojos desmesuradamente abiertos y la boca contraída por una horrible mueca, yacía muerta sobre el sillón.

Nati dió un alarido de horror, que se perdió como un eco por la soledad de los salones, fríos y desmantelados, á pesar del fuego de las chimeneas. Afuera reía la vida. Era el pueblo que despreciaba su dolor y gritaba toda la alegría del Carnaval.

M. F. LASSO DE LA VEGA

DIBUJO DE ECHEA

LA BARCA NUEVA



Yo soy la barca nueva.
¡Oh, qué hermoso es el mar!...
Con mis velas al viento
navegaré al azar...
¡Salud, hermanas olas!...
¡Qué contentas están!
¡Huyen hacia las playas!...
¿Por qué se alejarán?
Llevadme, velas mías,
llevadme por el mar.
¡Hacia la nueva aurora
quisiera yo volar!...

¡Cuántas aves marinas,
cuántos baveos se ven
mecidos por las olas
en su eterno vaivén!...
Yo soy la barca nueva,
soy la novia del mar.
Me han puesto velas blancas.
¡Me voy á desposar!...

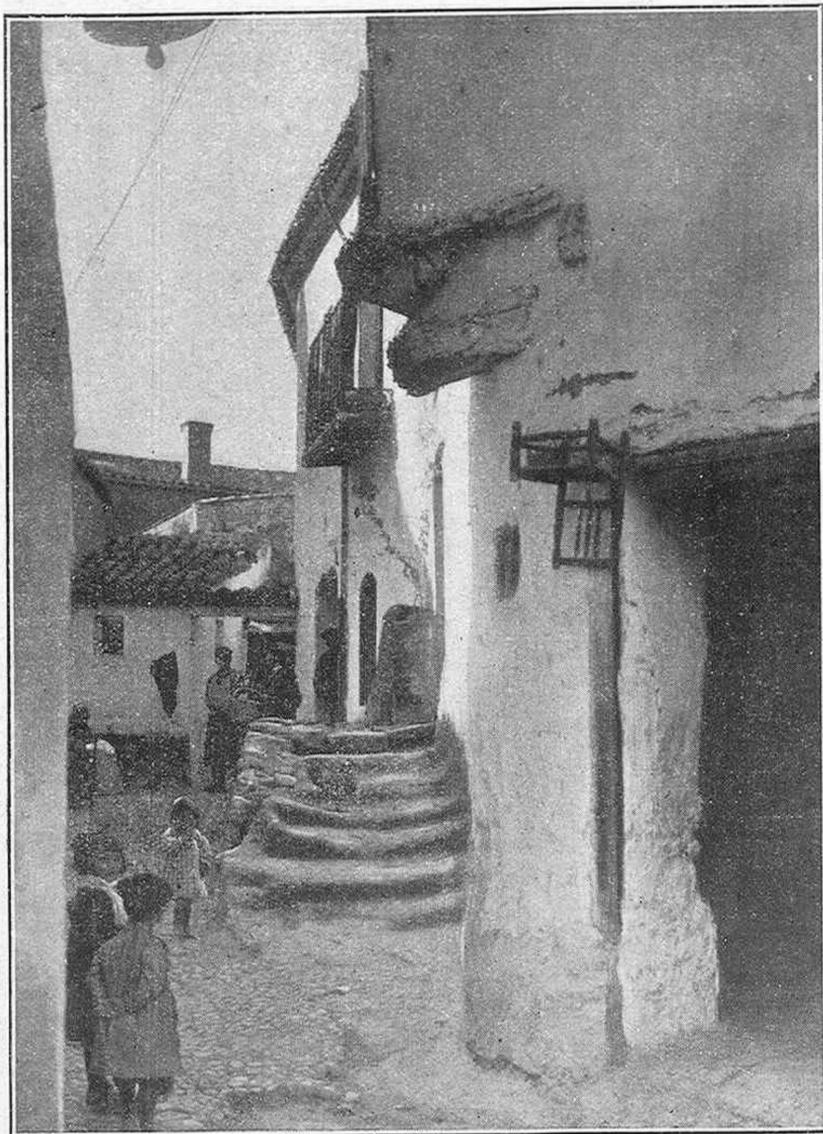
Y alegre la barca nueva,
sobre las olas del mar,

tiende sus alas al viento
y vuela sola, al azar.
Más libre va que un albatros,
sin saber si ha de llegar
á algún puerto hospitalario,
ó si alguna tempestad
en la red de algún naufragio
la sepultará en el mar...

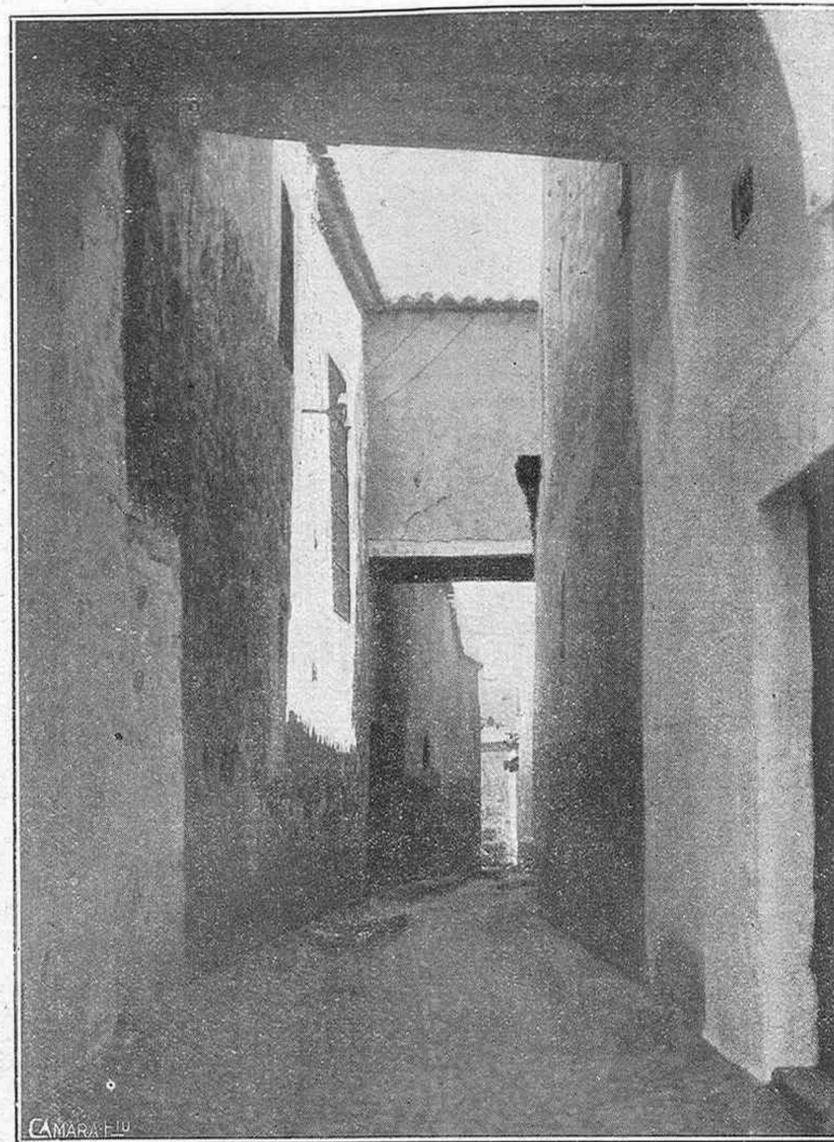
Goy de SILVA

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

LAS RÚAS CASTELLANAS



En las calles arrabaleras, las comadres cosen al sol y las gallinas se buscan el sustento



Rúa estrecha, de muros encalados, de pasadizos misteriosos, como los árabes la dejaron

CASTILLA, la vieja Castilla de aventureros y de magnates, de príncipes y de mendigos, es algo que pertenece á la Historia, que ha pasado por completo, y que si los cronicones ancestrales de los archivos ocultos no nos diesen fe de su existencia pretérita, habríamos de dudar de ella. El alma castellana se ha perdido; creo que podría decirse igual de toda el alma española.

Ni pícaros, ni aventureros, ni magnates; ni la austera virtuosa, ni la heroína patricia; Castilla lo ha perdido todo, todo lo que era su característica, lo que constituía su espíritu.

El poema legendario de la piedra, roida por el sol y el abandono, nos cuenta mejor que el viejo romancero lo que fué este pueblo, que sintetizó el alma de toda la Península.

Parece paradójico, pero es evidente que no encontraréis en el interior más de lo que el exterior os ofrezca. No escrutéis en ningún sentido; no oteéis en ningún oriente: lo que no os salga al paso con natural espontaneidad, es que no existe.

Y lo único que espontáneamente os ha de salir al paso, con un carácter bien definido y diferenciado, es el aspecto de las rúas castellanas. En las rúas está el alma de los pueblos.

Pasando por ellas en las primeras horas matinales, os encontraréis á los fieles devotos con una frecuencia harta más señalada que en otras poblaciones. Son los mantenedores de aquel exaltado terror religioso que del siglo oncenal al décimoséptimo llenó de riquísimos edificios piadosos ambas Castillas.

Casi todas las rúas castellanas, con el acto de presencia de sus magníficos templos, os hablarán, mejor que la crónica escrita, de la generosidad de sus próceres patronos, de la cultura y habilidad de sus artifices.

Entre la nota oscura de estos devotos madrugadores encontraréis un espuñado multicolor, ruidoso y detonante: es la genticca de los lugares inmediatos, que llega á la capital para colaborar á su abastecimiento. El manteo redondo, el crucero de estambre, la frazada

parda ó la típica mantilla sayaguesa, el zapato bajo, escotado y con hebilla, ó las ruidosas cholas de madera, os pondrán en sospecha de las escasas y difíciles comunicaciones de estas comarcas, que han permitido conservar á diario la clásica y añeja indumentaria.

En plena rúa esta genticca parece como si nos

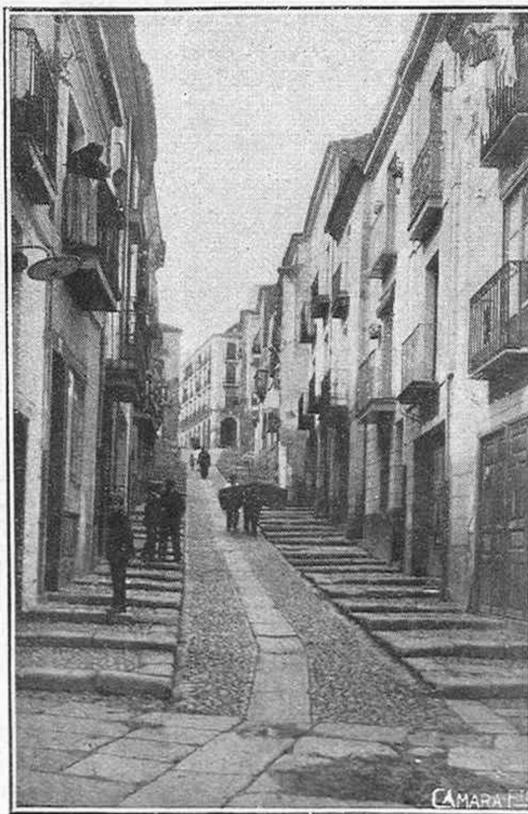
remozara el verdadero sabor del habla castellana. Se suele hablar mal, pero siempre con propiedad. Se adulteran las palabras, pero se usan con la propiedad debida en toda la riqueza de su gama innumerable.

Después de estas horas matinales en que se celebran los Divinos Oficios y los humanos menesteres de los mercados, las rúas castellanas quedan silenciosas y desiertas, ya bajo el palio dorado del sol en estío, ya bajo el manto pardo de la invernada erizada de vientos ó encapotada de nieblas. Y en estas horas de soledad y de silencio es cuando las rúas castellanas poseen toda su elocuencia evocadora.

El paso de las distintas razas por estos pueblos ha dejado en las rúas el sello característico de sus gustos y de sus costumbres, y escarceando por ellas se halla la calleja estrecha de muros encalados, pasadizos misteriosos y rejas floridas, que conservan fielmente el espíritu mahometano de sus antiguos habitantes; como al igual hallamos la pintoresca rúa empinada, de aceras escaloradas y bordillo central, en donde antaño exhibía el astuto judío sus abigarradas mercaderías... Y allá, en los arrabales, las humildes callejas terreras, sin plan urbano ni concierto alguno, en donde las comadres charlan al sol mientras recosen las calzas ó espulgan á los chiquillos, y las aves corraleras búscanse el sustento, como en un estercolero.

Todas las rúas castellanas, más ó menos indirectamente, parece que os invitan á caminar hacia el centro de la población, del cual no os podréis apartar, por vueltas y vueltas que déis. A la plaza iréis irremisiblemente; orgullosas de su Plaza Mayor, estas rúas castellanas hacia la plaza os han de conducir siempre. Quieren que la admiréis, que sepáis que no todo es exiguo, estrecho y angosto en ellas; que allí está la plaza, como señora ó madre de todas ellas, con su Casa Consistorial en el lugar de honor y sus típicos soportales de piedra en hiladas que encuadran toda la plaza.

JULIO HOYOS



Rúa empinada y pintoresca, en donde antaño exhibía el judío sus mercancías

FOTS. CORTI

EL DESAFÍO DE CYRANO

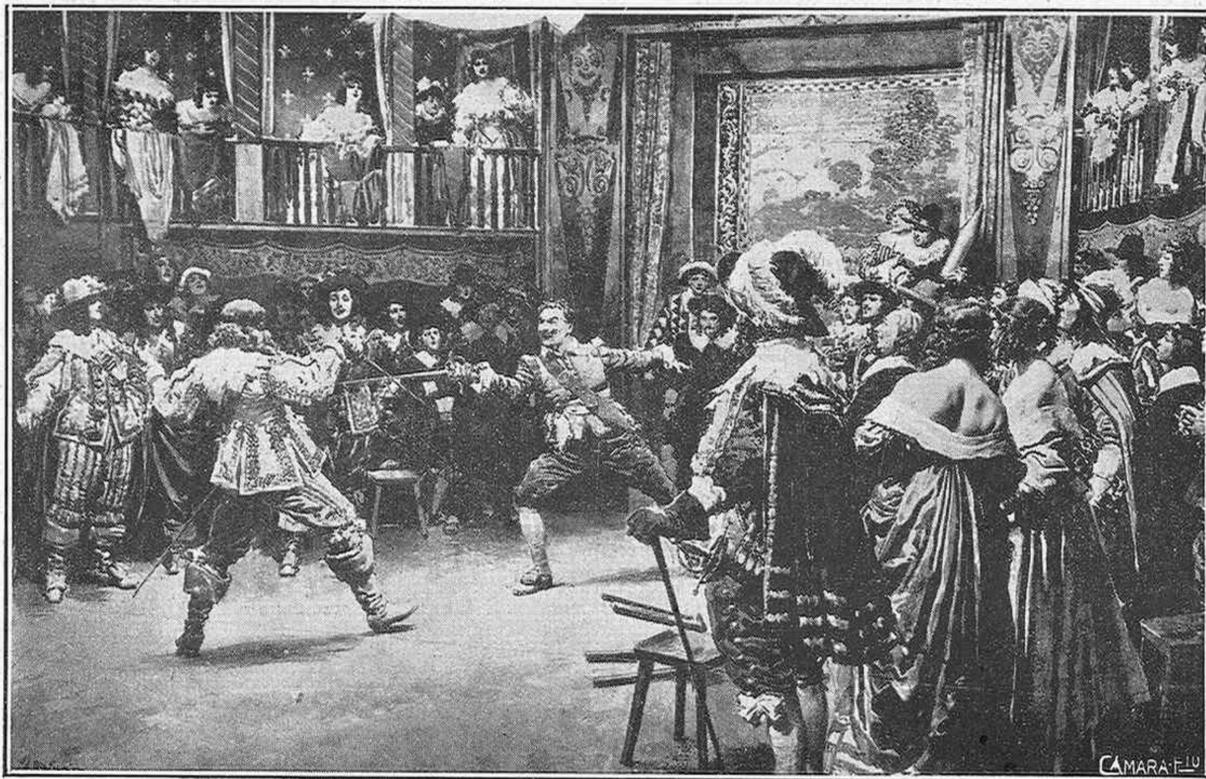
Al teatro del Palacio de Borgoña, aún en penumbras, van llegando lentamente los espectadores. Es público diverso, compuesto de nobles ostentosos, de plácidos burgueses y de seres despreciados por el hada Fortuna, todos unidos en el mismo lugar por el cálido deseo de ofrecer las flores de su admiración á un artista cuyos versos van á ser tejidos con los hilos de la comedieta por los gentiles aventureros de la farsa. Llegan nobles que ponen en el teatro los matices luminosos y multicolores de sus trajes, desbordantes de brillo y de riqueza; cubren sus cabezas con amplios sombreros de pluma empenachada y ondeante, como bandera que flamease airosamente. Surgen caballeros entusiastas de las glorias de Racine y de Molière. Llegan, con pisadas lentas y fanfarronas, mosqueteros y cadetes, galantes y aventureros y espadachines, que llevan prendido con sus espadas el corazón ingenuo y romántico de alguna linda rosa de hermosura, inquieta, ilusionada y sentimental. Vienen pajes y lacayos, que, escapando de las casas de sus señores, quieren ofre-

sión, arrancados á los cármes granadinos en noches morunas, perfumadas y sensuales. Sus cuerpos, deliciosamente curvados, ponen en la sala las notas encantadoras de sus primores, embriajando las almas y haciendo que florezcan en versos vibrantes de entusiasmo, de locura y de pasión...

Entre las féminas ha aparecido Roxana, que espasme en torno suyo la caricia de esencias extrañas y deliciosas. Su belleza esplendorosa es luz que atrae á los más altos y galantes caballeros de la Corte. Aparece en su aposento envuelta en una vestidura de sedas primorosas, que realza aún más el supremo hechizo de su figura estatuaria. Triunfa su hermosura en las fragantes rosas del rostro, ovalado por los cabellos, que caen en bucles sedosos y perfumados sobre el terciopelo de la piel; triunfa en los destellos inquietantes de los ojos; triunfa en el rubí sangriento de su boca encendida, que estalla entre la nieve de la cara como una egregia floración de belleza y sensualidad... Roxana tiene en su encantadora silueta un mago hechizo que hace

sea ver, lleno de curiosidad, el inesperado lance que va á tener lugar ante sus ojos. Cyrano prepara sus consonantes; despréndese de la capa; tira el sombrero; requiere la espada, y comienza el original desafío... Crúzase los aceros con metálicos sonidos, que levantan vivos reflejos centelleantes, y á sus compases Cyrano va rimando gentilmente con sus palabras los versos primorosos de una balada encantadora...

¡Pobre Cyrano! En su desafío parece sintetizarse toda su alma, lírica y romántica, enamorada y aventurera. Lleva en el corazón, trovador y caballeresco, la roja flor de una herida. Tiene siempre al borde de los labios una palabra, una frase, una estrofa con que distraer á los demás, aunque interiormente lleve su espíritu desangrándose en un derroche de amargura y desilusión. La nobleza y la sinceridad de su ánimo se hallan enmarcadas ruinmente por su grotesca y risible cara, en que sobresale exageradamente la nariz, ridícula y enorme. En el estéril yermo de su vida sintió florecer tristemente la amarga rosa de un amor imposible y vió aromados sus



Duelo de Cyrano de Bergerac con el vizconde de Valvert, en el Palacio de Bourgozne DIBUJO DE MATANIA

cer á su vida el encanto de unas fugaces horas de regocijo. Llegan plebeyos, soldados, poetas, burgueses, académicos, todo un heterogéneo conjunto de seres que sienten iluminar sus almas por una misma antorcha de Arte y de Belleza.

Prodúcese en la sala un confuso vocerío por el continuo entrar de nuevos espectadores. Un grupo de marqueses murmura galantes aventuras de las damas de la Corte; dos lacayos juegan á los naipes el dinero que han substraído á sus amos; algunos caballeros ejercitan su destreza en lances de esgrima; los literatos comentan dramas, poemas y versos; todos conversan, gesticulan, accionan, produciendo una extraña algarabía en el teatro, aún en penumbras. Entra el despabilador, que lentamente va encendiendo las luces, y á los destellos esplendorosos de éstas la sala adquiere matices fantásticos; fulgen las cortinas con mágicas tonalidades; los centelleantes trajes de los caballeros semejan fastuosas vestiduras de cuentos de hadas, y todo resplandece egregiamente en un lírico desbordamiento de policromía y luminosidad.

En los aposentos de las galerías superiores van apareciendo, radiantes y triunfadoras, mujeres de espléndida hermosura que hacen brotar en el jardín del corazón las pasionales rosas de un romántico madrigal. Vienen envueltas en pomposos vestidos de telas deslumbrantes, que levantan, al moverse, un leve frufrú de sedas y terciopelos. En sus caras fulguran las luces inquietantes de los ojos, de un negro intenso y fascinador, de un azul de ensueño y dulzura, ó de un verde enigmático y misterioso. Sus labios purpúreos semejan encendidos claveles de pa-

nacer en las almas, rendidas á su fascinación, saetas de admiración y galantería, que van á clavarse, raudas, en las deslumbradoras gemas de sus ojos, divinos, fulgurantes, cegadores...

Hácese en la sala un hondo silencio. Va á comenzar la farsa. Descórrase la cortina, y en la escena aparece Montfleury, el gordo y enorme Montfleury, á quien Cyrano de Bergerac había prohibido pisar el teatro durante un mes. Viene vestido de pastor, y después de saludar al público comienza á recitar su papel... En ello está, cuando del fondo del patio brota una potente voz apostrofando al comediante, y sobre las cabezas del público surge una mano que esgrime, amenazadora, un bastón. Intenta el actor, con miedo, proseguir su parte, y entonces aparece en el centro del patio la figura de Cyrano, alzado en una silla, en actitud fiera y retadora, envuelto en su capa ondeante, ceñida al cinto la pujante espada vencedora, asomando la nariz enorme bajo el ala del amplio sombrero...

Cyrano consigue la desaparición de Montfleury, que ha huído medrosamente del escenario. El público silba, murmura, protesta; Bergerac tira un bolsillo con que devolver á los espectadores el importe de sus entradas. El vizconde de Valvert, fatuo, presumido y jactancioso, se permite, insolente, una necia frase acerca de la nariz de Cyrano. Nunca lo hiciera. El héroe gascón le envuelve en una serie de palabras que dejan al vizconde maltrecho y sofocado. Pronto conciértase un desafío. Cyrano propónese, al compás del choque de los aceros, ir tejiendo las gentiles estrofas de una balada. En torno de los dos protagonistas se agrupa el público, que de-

días por la fragancia dolorosa de una pasión sin esperanza... Pero comprende que la quimera nacida en su alma no podrá convertirse en una amable realidad, y se sacrifica por un amigo, aun sabiendo que al arrancarse del pecho aquella áurea ilusión se arrancará con ella la vida. Y aunque Cyrano lleve el corazón roto y herido y maltrecho, á su cara no asoma el divino consuelo de las lágrimas, porque sabe que sería grotesco ver resbalar el llanto sobre el ridículo promontorio de su nariz...

El desafío termina. El vizconde márchase, maltrecho y cabizbajo; Cyrano saluda, riente y triunfador. Hasta él llega, ebrio, Lignieré, un pobre poeta á quien aquella noche esperan cien hombres junto á la Puerta de Nesle. Cyrano siente enardecer su espíritu aventurero con esta noticia, y dispónese á acompañar, desnuda la tizona, al pobre rimador amenazado. El alma romántica de Cyrano se transparenta en esta decisión, como anteriormente se había transparentado en el desafío con el vizconde de Valvert.

Apréstanse á ir en pos de Bergerac, mosqueteros, cadetes, músicos y comediantes. Organízase la comitiva, y á la melodía dulce y soñadora de los violines, que riman una sonata bella y sentimental, van desfilando todos, como un fantástico cortejo de cuento de hadas, por las calles encantadoras del divino París, florecido de ensueños, iluminado de hechizos y fragante de ilusiones bajo el fulgor de plata de la princesa Luna, que nieva los rincones parisinos con sus líricos reflejos...

José MONTERO ALONSO



PÁGINAS HUMORÍSTICAS



- Diga usted, señor guardia: ¿esta estatua es de Carlos III?
- ¡Quiá! ¡No, señor! Es de bronce.

DIBUJO DE ROBLADANO

ROBLADANO

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

NOVELAS EMOCIONANTES

DELITOS DE AMOR

POR

E. Contreras y Camargo

UN TOMO DE INTERESANTÍSIMA LECTURA

Acaba de ponerse á la venta en todas las librerías

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

¡COMERCIANTE! ¡EXPORTADORES-IMPORTADORES! Consulten el:

ANUARIO DE LA AMÉRICA LATINA

(BAILLY-BAILLIÈRE--RIERA)

EDICIÓN DE 1920-21

Información general (señas) de los que se dedican al Comercio de Importación y Exportación, Industria, Agricultura, Ganadería, Minería y Elemento Oficial en las Repúblicas Argentina, Bolivia, Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, Chile, Dominicana, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela e Islas Filipinas y de Puerto Rico. Encuadernación en dos tomos de unas 2,700 páginas en junto, conteniendo más de 2.000.000 de datos, doce mapas geográficos y de comunicaciones de colores y los Aranceles de Aduanas de los citados países.-Sección de Anuncios

PRECIO DE VENTA EN TODA ESPAÑA: 70 PESETAS FRANCO DE PORTES CONTRA ENVÍO DE FONDOS

Editores: **Anuarios Bailly-Baillière y Riera Reunidos, S. A.**
Consejo de Ciento, 240.-BARCELONA :: Telégrafo y Cables: «Anuarios»
Agencia en Madrid: Núñez de Balboa, 21; Casa Editorial Bailly-Baillière

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

Lea Ud. todos los miércoles **MUNDO GRÁFICO**

COMPANY
FOTÓGRAFO
29, FUENCARRAL, 29

SE VENDEN los clichés usados en esta revista. :-: Dirigirse á Hermosilla, 57 :-:



Salsa LEA & PERRINS

Da un picante muy agradable y un olor estimulante, á la CARNE, PESCADO, SOPA, AVES DE CAZA, QUESO, ENSALADAS, etc.

Fijense en la firma en blanco

Lea & Perrins

sobre la etiqueta roja de cada botella.

La verdadera y original WORCESTERSHIRE SAUCE.

Agente de "Prensa Gráfica" en los Estados Unidos: **Compañía Hispano-Americana**, 156, West 14TH Street, New-York.

Agente de "Prensa Gráfica" en Méjico, **D. Nicolás Rueda**. Avenida del Uruguay, 55. Apartado de Correos 2.546.

Para toda la publicidad extranjera en "Mundo Gráfico" y "La Esfera", dirigirse á la Agencia **Havas**. 8, Place de la Bourse, Paris; 113, Cheapside, London E. C., y Preciados, 9, Madrid.

"La Esfera" y "Mundo Gráfico". Unicos agentes para la República Argentina: **Ortigosa y C.ª**, Rivadavia, 698, Buenos Aires. Nota: Esta Empresa no responde de las suscripciones que no van hechas directamente en la República Argentina por nuestros agentes Sres. **Ortigosa y C.ª**, únicas personas autorizadas.

Delegación de "Prensa Gráfica" en Portugal, **don Alejo Carrera**. Rua

Aurea, 146, Lisboa, y rua Santa Catalina, 53, Oporto.

Para anuncios y suscripciones dirijanse á las delegaciones de "Prensa Gráfica" y "El Sol" en **Baleares y Cataluña** (Ibiza, Formentera, Cabrera, Mallorca y Menorca.-Barcelona, Tarragona, Gerona y Lérida), á Barcelona, Rambla de Canalejas, 9. Director: **D. Joaquín Montaner**.

En **Andalucía** (Córdoba, Sevilla, Huelva, Cádiz, Málaga, Granada, Jaén y Almería), á Sevilla, calle de Albareda, 16. Director: **D. Ramón García Lara**.

En las **Vascongadas y Navarra** (Alava, Vizcaya y Guipuzcoa.-Navarra), á San Sebastián, calle de San Ignacio de Loyola, 1. Director: **D. Pedro Garicano**.

En **Levante** (Valencia, Castellón, Alicante, Murcia y Albacete), á Valencia, Plaza de Canalejas, 2. Director: **D. Ambrosio Huici**.

PARÍS Y BERLÍN
Grand prix et Medailles d'Or

BELLEZA

No dejarse engañar y exijan
siempre esta marca y nombre
BELLEZA (Registrados)

DEPILATORIO BELLEZA Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único que quita de raíz, por fuerte que sea, el vello y pelo de la cara, brazos, etc., sin perjudicar el cutis, por delicado que sea. Resultados rápidos, prácticos y sin molestia ninguna.

Es el ideal RHUM BELLEZA Fuera canas
A base de nogal. Basta unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, con extraordinaria perfección. Usándolo una ó dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues devuelve al cabello, sin tenerlo, la substancia que le da vida y color, haya sido rubio, negro ó castaño. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha. Se usa lo mismo que el ron quina.

POLVOS BELLEZA (selectos é higiénicos) Por su calidad superfinísima, distinguido perfume y adherencia al cutis, son los mejores que existen. Se venden Blancos, Naturales, Rosados, Rachel claro y Rachel obscuro.



CREMAS marca BELLEZA (líquida ó en pasta espumilla). Última creación de la moda. Blancura, hermosura y conservación del cutis, sin necesidad de usar polvos. Son deliciosas é inofensivas (blanca ó rosada).

LOCION BELLEZA Para el cutis. La mujer y el hombre deben emplearla para la juventud natural del rostro y firmeza de los pechos en la mujer. Las personas de rostro envejecido ó con arrugas, granos, erupciones, barros, pecas, asperezas, manchas, etc., á las 24 horas de usarla la bendicen. Evita el crecimiento del vello. Es inofensiva. Deleitosa perfume.

TINTURA WINTER Marca belleza. Con una sola aplicación desaparecen las canas; *cabello, barba ó bigote*, hermoso castaño ó negro. Es la mejor y más práctica.

PELÍFERO BELLEZA (vegetal) Detiene inmediatamente la caída del cabello. Hace renacer el cabello á los calvos, por rebelde que sea la calvicie. Cabeza sana y limpia e caspa.

De venta en perfumerías de España, América y Portugal.—En Buenos Aires, A. García y C.^a, calle Cerrito, 393.—En Habana, droguería de Sarrá.
FABRICANTES: Argenté, Costa y Cía., Badalona (España).

TINTAS LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS DE Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 73 BARCELONA
Despacho: Unión, 21



Morirá tu belleza como mueren las flores que en tu seno prendidas se agitan temblorosas. Huirán de ti, presto, tus mil adoradores sólo al ver tus mejillas marchitas y rugosas. Huirán tus ensueños de placer y de amores, como un revoloteo de locas mariposas trocando tu alegría en amargos sinsabores, hallando sólo espinas doquier que busques flores. Es este, niña bella, tu negro porvenir, ya que mi buen consejo te niega á seguir. Por esto es plañidera y es triste mi canción, pues veo no conservas del rostro la hermosura, cosa fácil usando la crema y el jabón, ó sean los productos llamados PECA-CURA

Jabón, 1,50.—Crema, 2,50.—Polvos, 2,50.—Agua cutánea, 5,50.—Agua de Colorín, 3,50, 6, 10 y 16 pesetas, según frasco.—Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES
Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICÓ, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE, ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL, MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3.—Polvos, 4.—Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).

EL MEJOR REGALO



Pluma
noro
DE
LLENE
AUTOMÁTICO

DE VENTA EN LAS BUENAS PAPELERÍAS

TAPAS

para la encuadernación de

La Esfera

confeccionadas con gran lujo

Se han puesto á la venta las correspondientes al primer semestre de 1920

De venta en la Administración de Prensa Gráfica (S. A.), Hermosilla, 57, al precio de 7 pesetas

Para envíos á provincias añádanse 0,45 para franqueo y certificado

PRENSA GRÁFICA

SOCIEDAD ANÓNIMA, EDITORA DE

“LA ESFERA” “MUNDO GRÁFICO”
“NUEVO MUNDO”

Oficinas: Hermosilla, 57, Madrid.—Teléfono S-9

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

La Esfera

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año.....	40 pesetas
» »	Seis meses.....	22 »
» »	Tres »	12 »
EXTRANJERO.....	Un año.....	60 »
»	Seis meses.....	35 »
PORTUGAL.....	Un año.....	45 »
»	Seis meses.....	25 »

Mundo Gráfico

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año.....	15 pesetas
» »	Seis meses.....	8 »
EXTRANJERO.....	Un año.....	25 »
»	Seis meses.....	15 »
PORTUGAL.....	Un año.....	18 »
»	Seis meses.....	10 »

Nuevo Mundo

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año.....	19 pesetas
» »	Seis meses.....	10 »
EXTRANJERO.....	Un año.....	30 »
»	Seis meses.....	16 »
PORTUGAL.....	Un año.....	22 »
»	Seis meses.....	12 »

CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO

ALFONSO

FOTÓGRAFO

Suencarral, 6 Madrid

A nuestros anunciantes y suscriptores

Los agentes administrativos de esta Empresa van siempre acreditados en forma que no quede duda de la legitimidad de su representación.

Lo advertimos al público para que no acepte trato alguno con quienes no tengan autorización reciente, carnet de identificación de la casa, sellado con el sello de la misma y firmado por el Administrador Delegado, ni satisfagan el importe de los recibos que les presenten al cobro en nuestro nombre, ni estimen, en fin, garantizados sus intereses por nosotros, que no podemos responder de más gestiones que de las encomendadas á nuestros representantes debidamente autorizados.